www.traditio-op.org

M. V. BERNADOT, O. P.

SANTA CATALINA DE SIENA AL SERVICIO DE LA IGLESIA

Traducción
del
R. P. Gabriel Ferrer, O. P.

EDICIONES STVDIVM
MADRID

NIHIL OBSTAT:

FR. JOSÉ M. DE GARGANTE, O. P.
S. Theol. Lect.

FR. MANUEL GARCÍA MIRALLES, O. P.
S. Theol. Lect.

IMPRIMI POTEST:

FR. MIGUEL V. GELABERT, O. P.
Prior Prov. de Aragón.

NIHIL OBSTAT:

DON MARTÍN ARROYO,
Censor.

IMPRIMATUR:

JOSÉ MARÍA, *Ob. Aux. y Vic. Gral.*
Madrid, enero, 1958.

ESTA TRADUCCIÓN HA SIDO REALIZADA SOBRE LA 18.ª EDICIÓN FRANCESA PUBLICADA POR GALLIMARD, DE PARÍS, CON EL TÍTULO DE
SAINTE CATHERINE DE SIENNE AU SERVICE DE L'EGLISE
COPYRIGHT BY JULIO GUERRERO
EDICIONES STVDIVM
DERECHOS EXCLUSIVOS PARA TODOS LOS PAÍSES DE HABLA ESPAÑOLA.

IMPRESO EN ESPAÑA

1958

SANTA CATALINA DE SIENA

Nacida en Siena el 25 de marzo de 1347, era Catalina hija de un tintorero, padre de veinticinco hijos. En su infancia se definió su vocación dominicana. Con el ardor con que consagró toda su vida a Dios, pidió, siendo muy joven, ingresar en la Tercera Orden de Santo Domingo; se le opuso muchas dificultades, pero una vez superadas, a los quince años era terciaria.

Vivió hasta los veinte años con sus padres, entregada a la oración y a la práctica de penitencias extraordinarias. Con una contemplación elevadísima la preparaba Dios para la misión a la que la había destinado.

Recibió Catalina en 1376 el privilegio de los desposorios místicos; fuè la llamada al apostolado. Los doce años que llenaron el resto de su breve existencia fueron empleados en el bien de las almas y de la Iglesia universal. La influencia extraordinaria ejercida por esta joven es uno de los hechos más impresionantes

de la historia de la Iglesia. Comenzó por imponerse en Siena, desgarrada entonces por cruentas luchas intestinas. Se extendió luego su ascendiente a las repúblicas vecinas y la encontramos sucesivamente en Pisa, Luca, Florencia, interviniendo con autoridad soberana en los negocios más espinosos. Por último toma en sus manos los asuntos generales de la Iglesia. No dudó un momento en dirigirse a Papas y reyes «en nombre de Cristo y en nombre propio». Todos los poderes, eclesiásticos y civiles, buscaron su apoyo y le confiaron repetidas veces la suerte de los negocios públicos. Fue costumbre en Europa durante diez años el llamar a Catalina para que apaciguara ciudades y reconciliara pueblos enemigos. En circunstancias extremadamente graves puso el Papa en sus manos, en expresión suya, «los intereses y el honor de la Iglesia».

Murió en Roma en los comienzos sombríos del Gran Cisma. Lo había previsto, anunciado. Y, sin embargo, dejó este mundo confiada en el futuro de la Iglesia, a la que gustaba llamar «la dulce Esposa de Cristo». En las últimas semanas fueron sus sufrimientos misteriosos, escalofriantes, aceptados por la paz de la Iglesia, por la que deseaba morir mil veces cada día y sufrir toda clase de tormentos. Una de sus últimas palabras fue: «He dado mi vida por la Iglesia.»

Murió el 29 de abril de 1380 a la edad de treinta y tres años.

«LA BELLA BRIGATA»

Con frecuencia hablaremos de la «bella brigata»; también la llamaba Catalina la «famiglia». Era un reducido grupo de discípulos, unidos a Catalina por especial fidelidad; eran sus hijos espirituales, un grupo elegido, atraído por su santidad y elevación de enseñanza. Rara vez se ha visto en la Iglesia una «familia» tan hermosa. No creemos tampoco que nunca se reunieran en torno a una joven tantas almas selectas para recibir doctrina tan elevada.

Y era muy variada esta familia; religiosos de todas las órdenes, maestros en sagrada teología, poetas, pintores, magistrados, políticos, mujeres. A unos los había convertido de una vida desordenada a la vida de austeridad y caridad. Otros, ya fervientes e incluso famosos por su santidad, venían con premura a recibir su consejo y bendición. Formó cristianos admirables, cuya influencia fue en su tiempo grande y atinada. Varios de ellos llevan la aureola de los bienaventurados.

Uno de los más conocidos es Raimundo de Capua, Maestro General de los Religiosos Predicadores, después de la muerte de Catalina. Estrechas relaciones unían a Catalina y a Raimundo. Era Fray Raimundo para Catalina hijo y padre a la vez; padre cuando veía en él al confesor, al dispensador de los sacramentos, al que María le había dado como director de su conciencia. Mas cuando consideraba al discípulo afectuoso y atento a recoger las lecciones de vida espiritual y a acrecentar la gracia que ella cultivaba en su corazón, le llamaba entonces con ternura «su hijo». Y Fray Raimundo sólo le hablaba llamándola mi madre. Existía entre ellos una amistad muy estrecha. Al leer las cartas de Catalina, se atisba que esta amistad era totalmente sobrenatural: «Despojaros de toda criatura, y de mí la primera.»

Tenía Catalina sobre su «bella brigata» influencia absoluta. Ella lo sabía y, con sencillez, la empleaba para arrastrarlos y, en cierta medida, para forzarlos a ser santos. Ella podía mandar: «yo quiero», repetía sin cesar. A la dulzura de los consejos y exhortaciones, unía la severa energía de los reproches.

En los comienzos de su conversión uno de sus jóvenes discípulos había aprovechado el viaje de Catalina a Aviñón para emanciparse. «Cuando ella regresó de Aviñón—cuenta él mismo—yo había vuelto a mis viejas costumbres. Sin embargo, cuando la volví a encontrar, me acogió con gozo manifiesto... Mas de una de sus

compañeras se lamentó de mi debilidad y se puso a reprocharme: se contentó Catalina con sonreír y decir: «No os preocupéis, hermana; cualquier camino que emprenda no se me escapará. Cuando crea estar muy lejos, le pondré el yugo sobre sus espaldas con tal fuerza que jamás podrá desembarazarse de él.»

Era verdad. Su ascendiente era irresistible: ascendiente estructurado de imperiosa voluntad y afecto exquisito, y, sobre todo, de una rara santidad.

COMO ORABA CATALINA

Incluso materialmente, ocupó la oración gran parte de la vida de Santa Catalina de Siena. No solamente oraba mucho, sino prolongadamente. Buscó desde sus primeros años la soledad, y su familia no podía disimular su extrañeza al ver a una niña tan tierna capaz de oraciones tan prolongadas. Una vez terciaria, hizo mucho más: se encerró en la pequeña celda que su padre le había prestado y allí vivió como eremita, ocupada únicamente en las cosas de Dios; solamente salía para ir a la iglesia, es decir, para orar. Noche y día eran empleados en coloquios divinos; y para orar más tiempo, llegó a dormir sólo media hora cada dos noches.

Nos cuenta el Beato Raimundo cómo «se elevó en el corazón de Catalina un deseo que iba a crecer durante todo el curso de su vida: el de la santa comunión». A pesar de todas las oposiciones, tenaces y vivas, tuvo la costumbre de comulgar con frecuencia, casi diariamente.

Y «en su acción de gracias—añade el Beato Raimundo—permanecía extasiada tres o cuatro horas, e incluso más, sin moverse del lugar donde se hallaba».

Le ocurría esto en otras partes además de la iglesia; sus éxtasis fueron muy frecuentes; en el segundo período de su vida, apenas si podía tropezar con un crucifijo o vislumbrar el color rojo, que le recordaba la sangre de Cristo, o comenzar el rezo del *Pater noster* sin caer en éxtasis; levantaba el vuelo su alma arrastrando a veces al cuerpo que permanecía suspendido en el aire. «Su cuerpo—dice el Beato Raimundo—caía con frecuencia, con mucha frecuencia, en este estado extraordinario, y puedo afirmar que yo y mis hermanos lo hemos visto y comprobado millares de veces» (Leg., Pars, II, cap. II).

Cuando el espíritu de Catalina se hallaba sumido de este modo en la contemplación de la Verdad eterna, tenía de ordinario la cabeza ligeramente inclinada, entreabiertos o cerrados los ojos y los sentidos privados de su actividad propia. Le sucedía, sin embargo, que alguna vez podía hablar, y, a veces, sabía incluso de antemano que el éxtasis le dejaría el uso de la palabra y advertía a sus secretarios que estuvieran preparados para escribir. Así fue dictado el *Diálogo*. Por ventura, muy raro en la historia de la mística, poseemos una treintena de oraciones cogidas al vuelo por sus secretarios cuando ella, arrebatada en éxtasis, ora-

ba en voz alta. Aprovechémoslas. Incluso después del *Diálogo,* nos ayudan estas elevaciones a comprender de qué ideas se alimentaba una de las contemplativas más sublimes que la Iglesia universal ha conocido. Tal vez nos sea posible aprisionar el tono y el ímpetu de su oración; seguir el ritmo de su vida interior.

EL RESPETO DE DIOS

Difícilmente se hallará un santo o una santa que haya mantenido con Dios relaciones más sencillas, más confiadas y, para expresarnos en una sola palabra, familiaridad tan íntima como Catalina de Siena. El hecho de que Jesús en persona durante muchos años se dignara bajar casi todos los días a la celdita de la Fullonica, nos dice hasta dónde llegó esta familiaridad, si ya no poseyéramos otras pruebas. Vimos anteriormente cómo el Señor iba a rezar el oficio divino con Catalina, quien cambiaba entonces la conclusión ordinaria de los salmos inclinándose hacia su admirable compañero: «Gloria al Padre, a Ti y al Espíritu Santo..., por los siglos de los siglos.»

Y, sin embargo, no es éste su estilo familiar, el distintivo de Catalina de Siena. Es verdad que con mucha frecuencia, encontramos en estas elevaciones el acento, tierno y atrevido de la esposa hacia el Esposo. Con todo es más bien una excepción. El tono habitual de la oración

de Catalina es de respeto, de adoración. Se dirige menos a Jesús, compañero de soledad, que al Señor soberano, a quien gustosa llama «Dios eterno, incomprensible Trinidad.»

A quien le extrañe esta actitud, le recordamos lo que le sucede a un alma purificada cuando Dios la atrae hacia Sí: es presa de santo respeto, de este sentimiento grave y noble que la Sagrada Escritura llama «el temor del Señor». Si hay almas que pretenden acercarse a Dios a la birlonga sin sentir este santo estremecimiento, esta reverencia de la criatura por el Creador, es la mejor prueba de que están muy lejos de El. Ante la infinita Majestad, nuestro pobre ser no puede menos de estremecerse. Incluso en el cielo, en el reino del amor perfecto, las Potencias celestiales tiemblan ante la manifestación de la inefable Simplicidad divina: por muy inmersas que se hallen en el embeleso de la caridad, estas admirables criaturas tiemblan precisamente por estar cerca de Dios, porque lo conocen y lo ven. De su perfecta contemplación brota el respeto perfecto.

Así Catalina de Siena. Por un favor singular, se le permitió acercarse mucho al Señor y obtener un raro conocimiento de la perfección infinita. Por eso su oración es tan respetuosa y humilde, tan penetrada de temor santo.

¡Oh Deidad! ¡Deidad! ¡Inefable Deidad! Tú eres la sabiduría soberana; yo una ignoran-

te y miserable criatura. Tú eres la soberana y eterna Bondad. Yo soy la muerte y Tú la vida; yo las tinieblas, Tú la luz; yo la locura, Tú la prudencia; Tú lo infinito, yo lo finito; yo el enfermo, Tú el médico. Yo soy una frágil pecadora que jamás te amó. Tú eres la belleza purísima y yo sólo soy una sórdida criatura. Por amor inefable me has sacado de Ti misma; por gracia y no por justicia Tú nos atraes hacia Ti, si nos dejamos atraer, es decir, si nuestra voluntad no se rebela contra la tuya. ¡Ay Señor!, he pecado; ten piedad de mí.

Todo lo que tiene alguna relación con Dios es objeto de su respeto. Es toda afecto y reverencia hacia los santos porque son, dice, «conformes al Cordero». Vedla en presencia de la dulce y augusta Madre de Dios:

¡Oh María, templo de la Trinidad! ¡Oh María, dispensadora del fuego! ¡María, ministro de la misericordia! ¡María, Madre del Fruto divino! ¡María, redentora del género humano!, pues es tu carne la que sufrió en Cristo por la redención del mundo. Cristo nos ha rescatado por su pasión; Tú por el dolor del alma y del cuerpo.

¡Oh María, océano tranquilo! ¡Oh María!, Tú nos das la paz. ¡Oh María, tierra fecunda! Tú eres el tallo nuevo del que ha brotado la flor embalsamada, el Verbo, el único engendrado de Dios. En Ti, tierra fecunda, fue sembrado este Verbo...

¡Oh María, carro de fuego! Tú has llevado el fuego escondido y velado bajo la ceniza de tu humanidad.

¡Oh María, vaso de humildad! En Ti brillaba y ardía la luz de la ciencia verdadera que te ha levantado por encima de Ti misma hasta el punto de ser el encanto de los ojos del Padre Eterno. También El te ha arrebatado, El te ha llevado hacia sí en un acceso de amor y de predilección. Por esta luz, por el fuego de tu amor, por la dulzura de tu humildad atraíste hacia Ti e hiciste descender dentro de Ti su Divinidad, si bien es verdad que la decidiera a venir el fuego ardiente de su incomprensible caridad.

Bella andadura la de esta piedad. Qué gravedad, qué nobleza. Qué lejos estamos de la afectación sentimental que empozoña tantos libros piadosos. Sabe Catalina que el temor es el primero de los dones del Espíritu Santo y ella lo cultiva en su corazón; lo que no le impide, en absoluto, por otra parte, vivir en una perpetua embriaguez de amor. Tiene el sentido de la infinita Majestad. Cómo comprende que Dios lo es todo. Cómo siente la absoluta gratuidad de los dones divinos. Después del gran éxtasis de octubre de 1378 en que tantas luces recibiera y dictara en cinco días el *Diálogo,* brota de su corazón este grito:

¡Oh Trinidad eterna! ¡Oh Deidad, Naturaleza divina, Deidad que en tanto aprecio tienes

la sangre de tu Hijo! Eres, Trinidad eterna, océano sin fondo, en el que cuanto más me sumerjo, más te encuentro, y como más te encuentro, más te busco. Jamás se está ahito de Ti; en sus profundidades se llena de Ti el alma, sin apagar por esto su sed, pues continúa deseándote, oh Trinidad eterna; quiero contemplarte en tu luz. Como suspira el ciervo por el agua viva de las fontanas, así anhela mi alma salir de la tenebrosa prisión del cuerpo para verte en verdad. ¡Oh, cuánto tiempo estará todavía esconida tu faz a mis ojos, Trinidad eterna!

«LA QUE NO ES»

¿No se creería uno estar escuchando el eco de la lección fundamental recibida en la diminuta celda de Siena: «Hija mía—le había dicho el Señor—, sabes quién eres tú y quién soy Yo? Si posees este doble conocimiento, serás feliz. Tú eres la que no es; Yo soy el que soy.» Lección corta, de fecundidad inagotable, que guió la vida entera de Catalina y puso en su oración el distintivo de la humildad. La santa debía de pensar en esto, sin duda, cuando se explayaba con impetuoso entusiasmo:

¡Oh Bien supremo y eterno! ¿Quién, pues, te indujo a Ti, Dios infinito, a iluminarme con la luz de tu verdad, a mí, tu pequeña criatura? Sólo Tú, Fuego de amor. Siempre el Amor, el Amor sólo, te impulsó y te impulsa a crear a tu imagen y semejanza tus criaturas racionales y a tener misericordia de ellas, colmándolas de gracias infinitas y de dones sin mesura... En cuanto a mí, soy la que no es. Si dijera que

soy algo por mí misma, mentiría, sería hija del demonio, padre de la mentira. Tú sólo eres el que es.

Magnánima humildad. Sentía esta alma transparente irresistible necesidad de hacer justicia al infinito; un movimiento irreprimible le forzaba a rebajarse, a prosternarse ante «el que es». Escuchadla orar: «Yo hablaré al Señor—decía el Patriarca Abraham—aunque no sea más que polvo y ceniza.» Así Catalina: sus oraciones comienzan por un grito de humildad, de sumisión, de adoración; no puede olvidar quién es y a quién se dirige:

¡Oh soberana y eterna Bondad! ¡Ay! ¿Qué soy, pues, miserable para que Tú, padre eterno y soberano, me hayas manifestado la Verdad?... Por Ti, oh médico celeste, amor inefable de mi alma, suspiro con ardor. Oh Trinidad eterna e infinita, recurro a Ti, a pesar de mi pequeñez, y te suplico en unión con el cuerpo místico de la Santa Iglesia, que purifiques con tu gracia toda mancha de mi alma.

Ahora bien, no solamente tiene la humildad esencial de toda criatura que conoce su origen, sino esta otra humildad—más penosa a la naturaleza—del pecador que conoce su historia. La persigue el recuerdo de sus faltas.

Mas ¿qué desórdenes, se preguntará el lec-

tor, podía llorar esta privilegiada de la gracia que jamás conoció el pecado mortal?

La conciencia de los santos tiene delicadezas que nos asombran y nos desconciertan. Y, sin embargo, tienen razón. Además de que Catalina no cesó nunca de reprocharse con amargura la tibieza en que la sumió su hermana Bonaventura, atribuía particular gravedad a sus faltas de omisión de las que se acusó hasta el último momento, persuadida de que estas faltas eran la causa de los desfallecimientos de sus discípulos y las desventuras de la Iglesia: si su oración hubiese sido más ferviente ¿no hubiera evitado los azotes que ella ya veía cernerse sobre la cristiandad? «Si yo estuviera totalmente inflamada por el fuego del amor divino, decía a su confesor ¿no rezaría a mi Creador con un corazón de llamas, y El, soberanamente misericordioso, no se apiadaría de todos mis hermanos y les concedería el estar inflamados por el fuego que estaría en mí? ¿Cuál es el obstáculo para este gran bien? Mis pecados, sin duda.» Se reprocha, pues, con amargura, no corresponder a la gracia. Con frecuencia, en su oración, cuando el impulso de la caridad parecía arrebatarla, se detenía de repente, como ante un obstáculo que amenazara quebrar el impulso de su oración, y se le oía acusarse:

¡Señor, yo he pecado; ten piedad de mí! Seguí en todo momento la ley perversa que hay en mí... No te he conocido a Ti, Luz verdadera.

Y con todo le plugo a tu caridad iluminarme... Yo no he sabido guardar mi memoria llena sólo de Ti y de tus beneficios inmensos. No he fijado mi inteligencia conforme a tu voluntad, no me he aplicado únicamente a buscar tu agrado; tampoco mi voluntad se ha empleado en amarte con todas su fuerzas y sin mesura, como Tú me lo pedías. Yo te he ofendido.

CITA DE AMOR Y TEMOR

Estas efusiones nos conducen al doble conocimiento—hecho plegaria—de Dios y de nosotros mismos, tan ensalzado en las *Cartas* y en el *Diálogo*. «De este conocimiento sacarás todo lo que necesites—le había dicho el Señor a Catalina—. El conocimiento de ti misma te inspirará la humildad; y por el conocimiento de ti misma se encenderá tu alma en amor inefable.» Hallamos, de hecho, en las oraciones de Catalina de Siena algunos de los acentos más bellos, más emocionantes, que el amor de Dios haya arrancado de corazón humano. Si, en efecto, resuena en sus oraciones el respeto a la Divinidad, no puede concluirse por ello que carecen de ternura: su ternura está en todas partes, inspira todas sus empresas, sugiere gestos de atrevida confianza, arranca los más bellos gritos de amor. ¿Cómo no había de amar con ternura si el Verbo encarnado le había dicho: «Piensa en Mí y Yo pensaré en ti»? ¿Cómo no había de manifestar su ternura cuando estaba

habituada a las visitas familiares del Señor? Creo que jamás el amor se expresó con mayor sencillez y pasión.

¡Oh inefable y dulcísima Caridad! ¿Quién no se inflamará ante tanto amor? ¿Qué corazón resistirá sin desfallecer? Diríase, oh Abismo de caridad, que pierdes la cordura por tus criaturas, como si no pudieras vivir sin ellas, cuando eres nuestro Dios? Ninguna necesidad tienes de nosotros, nada añade a tu grandeza nuestro bien; Tú eres inmutable, nuestro mal no te causa ninguna desventura, a Ti, soberana y eterna Bondad. ¿Quién te arrastra, pues, a tanta misericordia? El amor...

¡Oh Padre eterno! ¡Oh Fuego! ¡Oh Abismo de caridad, oh eterna Belleza, oh eterna Sabiduría, oh eterna Bondad, oh eterna Clemencia, oh Esperanza, oh Refugio de pecadores, oh Largueza inestimable, oh Bien eterno e infinito, oh Loco de amor! ¿Tienes, pues, necesidad de tu criatura? Diríase que sí, puesto que obras como si no pudieras vivir sin ella, Tú que eres la vida, fuente de toda vida y sin la cual todo muere. ¿Por qué, pues, estás tan loco de amor? ¿Por qué te apasionas con tu criatura, siendo ella tu complacencia y delicia? Es para Ti como una embriaguez el deseo de su salvación: ella te rehuye y Tú vas en su busca; ella se aleja y Tú la acercas. ¿Puedes ponerte más cerca de ella que revistiéndote de su humanidad.

Bella cita de temor y amor. Lejos de entorpecerse, se ayudan mutuamente, se completan, se armonizan y se funden en el sentimiento cristiano más noble y más perfecto: la adoración. Parece como si en estas oraciones el alma cristiana hubiera alcanzado la cumbre más elevada, de la que decía San Pablo que no le está permitido al hombre el hablar. Por su alta contemplación Catalina fue introducida en lo que el Apóstol llama «las profundidades de Dios»; impotente para expresarse, se refugió en el silencio de la adoración; pues toda adoración verdadera, aterrada ante la pobreza de las palabras, se refugia en el silencio.

¡Oh Deidad eterna! ¿Qué diremos de Ti? ¿Cómo podremos dar un juicio de Ti? ¿Qué sentir, sino que eres nuestro Dios bueno que sólo quiere nuestra santificación?...

Y yo ¿qué diré? Haré como el tartamudo, diré a, a, a, puesto que no sé decir otra cosa y las palabras finitas, no pueden expresar el sentimiento del alma que sólo te desea infinitamente a Ti. Se me antoja que podría repetir las palabras de San Pablo: *Ni la lengua puede decir, ni la oreja oír, ni el ojo ver, ni la inteligencia pensar lo que he visto.*—Y ¿qué has visto?—Los misterios de Dios. ¿Qué diré, pues? Aquí no tienen cabida los sentimientos groseros. Digamos, solamente, oh alma mía, que has gustado y visto el abismo de la soberana y eterna providencia. Y yo te doy gracias, Señor, Padre eterno, por la bondad sin mesura que has te-

nido conmigo, tan miserable e indigna de toda gracia.

Por la religión perfecta—«postración muda de amor»—el don de sí en el silencio y aniquilamiento, sosiega la adoración al alma y la sumerge en un gozo sereno, especie de armonía íntima que nada puede quebrar, reveladora, cuando es habitual, de súbita contemplación. «Señor—cantaba David—, quien te mira desborda de gozo», Era el gran gozo de Catalina el pensar que Dios existe. Dios existe, es el Ser, la Verdad, la Belleza, la Santidad, la Justicia, el Amor. Es Padre, es Hijo y Espíritu Santo, infinita, eterna, inmutablemente feliz. Todo esto sumía a Catalina en un gozo que nada podía turbar:

¡Oh Trinidad eterna! Tú eres el jardín inmenso que encierra las flores y los frutos. Tú misma eres una flor de gloria y produces frutos por Ti misma. De ningún otro puedes recibir esta gloria y este fruto, pues si pudieras recibirlo de otro, no serías ya el Dios eterno, todopoderoso... Sí, eres por Ti misma tu gloria y tu gozo. Los frutos que la criatura te presenta vienen de Ti; de Ti los recibe para poder devolvértelos...

¡Oh Deidad! ¡Deidad! ¡Eterna Deidad! Eres el océano de paz en el que vive y del que se nutre mi alma que descansa en Ti con tierno amor... ¡Oh insondable Trinidad! Tú eres de-

rechura sin dobleces, simplicidad sin sombra de duplicidad; eres sinceridad.

Se nos antoja encontrar al volver de las páginas este gozo, santo y noble, en fórmulas que sólo sirven para declarar con mayor justeza la impotencia del alma para precisar la belleza de lo que contempla, o el amor del que se siente devorada: «¡Oh Deidad! ¡Deidad! ¡Oh amado Dios eterno!... ¡Inestimable y dulce Caridad!» Y en especial estas dos palabras de fuego, tan habituales en los labios de Catalina que fueron como la rúbrica de sus cartas y de sus oraciones: ¡Jesús Amor! ¡Jesús Amor!

MOTIVOS DEL CANTO INTERIOR

Habráse notado en estas oraciones el atrevimiento de pensamiento. No es Catalina una de esas almas que se contentan con revolotear por las regiones medianas de la doctrina y, tímidas, se detienen ante los misterios fundamentales. Corre derecha a lo más esencial y profundo de nuestro dogma como a la fuente viva de la oración. De un salto, de un aletazo nos transporta al seno de la Divinidad. El misterio de los misterios, la vida íntima de la Trinidad santa y su irradiación en el mundo, le atraen: fue su vida una contemplación amorosa de este misterio. Lo enseñan sus escritos; sus oraciones lo cantan. Cualquier cosa que medite, «la Pasión deliciosa y bienhechora» de Jesús, los privilegios de la «dulce María», las desventuras mismas de la Iglesia, como por una pendiente irresistible, lo centra todo en este punto, y a la luz de esta contemplación fundamental, lo aprecia y lo juzga todo. A sus ojos la Trinidad se manifiesta en la sangre de Cristo:

¡Oh insondable y eterna Trinidad!, yo no podía conocerte... Por eso, a fin de que pueda verte y conocerte en Ti misma con un conocimiento perfecto, te has unido a nosotros. Has descendido de las sublimes alturas de la Divinidad hasta la bajeza y barro de nuestra humanidad. Como la debilidad de mi inteligencia era incapaz de comprender y fijar las alturas, oh Dios eterno, y querías que mi pequeñez pudiera contempar tu grandeza, te hiciste pequeña, encerraste la grandeza de tu Divinidad en la pequeñez de nuestra humanidad. Así te has manifestado por el Verbo, tu Hijo único. Y así yo he conocido en el Verbo el abismo de tu caridad. Soberana y eterna Trinidad, Amor incomprensible. Tú te nos has manifestado a Ti misma y tu verdad por la efusión de su sangre. Vimos tu Poder cuando en esta sangre pudimos lavarnos de nuestros pecados. Entonces revelaste tu Sabiduría y, con el cebo de nuestra humanidad, que recubría el anzuelo de tu Divinidad, aprisionaste al demonio y le privaste de la soberanía que tenía sobre nosotros. Esta sangre es la prueba del Amor, de tu Caridad...

Ved cómo medita el 25 de marzo sobre el doble misterio de la Anunciación y de la Encarnación. Los contempla a través de la Trinidad:

Tu Sabiduría, oh Trinidad incomprensible, quiso en el gran consejo eterno todo lo que fuera necesario para la salvación del hombre; tam-

bién tu Clemencia, y hoy la Potencia lo ha llevado a término. Así, pues, en este consejo, la Potencia, la Sabiduría, la Clemencia han estado de acuerdo para salvarnos.

¡Oh Trinidad eterna! En este consejo quería tu Piedad usar de misericordia con tu criatura... Pero tu Justicia se oponía a este designio. En tu gran consejo, reivindicaba sus derechos, alegaba que si la Misericordia es atributo tuyo, ella, la Justicia, no lo es menos, puesto que es eterna como Tú. Y como la Justicia no deja ningún mal impune, ni bien alguno sin recompensa, no era, pues, posible salvar al hombre, puesto que él no podía satisfacer por la falta que había cometido contra Ti. ¿Qué medio excogitaste, entonces, Trinidad eterna, para implantar tu verdad y usar de misericordia con el hombre? Decidiste darnos el Verbo, tu Hijo único. El se revestiría de nuestra carne, de esta carne que te había ofendido, sufriría en esta humanidad y satisfaría así a tu justicia, en virtud no de la humanidad, sino de la Divinidad que le estaría unida. Y así se hizo; así satisficiste a la Justicia y diste libre curso a la Misericordia.

Tal era el motivo ordinario de su canto interior. Siguiendo el consejo que el Padre Eterno le había dado y que ella nos ha transmitido en el *Diálogo*. «fija los ojos del alma en la Belleza soberana». De todo lo que ha escrito, las páginas más bellas, más ardorosas, más carac-

terísticas, nos parecen ser las que dicta sobre la Santísima Trinidad. Entonces se eleva su pensamiento, se estremece su corazón y su genio se dilata:

¡Oh Trinidad eterna, Deidad única! ¡Esencia única en tres Personas! Eres una cepa de tres ramas, si se me es permitida esta expresión. Hiciste al hombre a tu imagen y semejanza, a fin de que por las tres potencias que posee en su alma única, llevara el sello de tu Trinidad y de tu Unidad. Por estas tres facultades no sólo se te asemeja, sino que además se une a Ti. Por la memoria, se asemeja y se une al Padre, a quien se le atribuye el Poder. Por la inteligencia, se asemeja y se une al Hijo, a quien se le atribuye la Sabiduría. Por la voluntad, se asemeja y se une al Espíritu Santo, a quien se le atribuye la Clemencia y es el Amor del Padre y del Hijo...

¡Espíritu Santo, ven a mi corazón! Con tu poder atráelo a Ti, oh Dios verdadero, y concédeme la caridad al mismo tiempo que el temor.

¡Oh Cristo, guárdame de todo mal pensamiento! Enardéceme e inflámame en tu dulcísimo amor, y toda pena se me antojará ligera.

¡Oh Padre mío Santo, mi dulce Señor! Ayúdame ahora en todas mis acciones.

¡Oh Cristo Amor! ¡Oh Cristo Amor!

¿Qué novedad hay en todo esto?, se preguntará alguno. Nada, evidentemente, que no sea sabido. El catecismo nos enseña estas mismas

verdades; los teólogos las encerraron en fórmulas; fórmulas excesivamente frías para nuestro sentimiento, perdidas en largos y técnicos tratados que no pueden inflamar nuestra devoción. En primer término que una joven se complazca en manejar tales ideas en sus cartas, que de ellas se sirva como de alimento habitual en sus meditaciones, que nos las presente veinte, cien veces, bajo sinónimos claros, apasionados, pero siempre conformes a la ortodoxia más severa, ¿no es algo maravilloso? Pero hay más: estas fórmulas teológicas abstractas llevan el sello de su espontaneidad y gracia, de su cálida energía; nos las dejó como cosas vivientes que nos emocionan, y las revistió de esplendor y belleza. Todavía hoy conservan su llama interior y les basta a los mediocres con inclinarse sobre estas páginas para que su tibieza se disipe y sus corazones recobren su impulso. ¿No es, pues, notable que las oraciones de una joven traduzcan las verdades más elevadas y misteriosas en acentos que penetran en el alma para siempre?

PLEGARIA MAGNANIMA

Fiel espejo del alma de Catalina, nos dicen estas oraciones de la magnanimidad de sus sentimientos. Es uno de los aspectos más notables de su alma: estaba totalmente preocupada por la salvación del mundo. «Yo os lo digo, amadísimo hijo mío, escribe al P. Dominici, toda alma que contemple a Dios corriendo tras el oprobio de la santa cruz, vertiendo su sangre en abundancia, no podrá resistir y se llenará de amor verdadero: amará el alimento que ama Dios: amará las almas.» Las oraciones nos la presentan bajo la presión de este «amor verdadero».

Nos es conocido el gran pensamiento de su vida: el mundo se sume en el desorden; una ola nauseabunda de pecados invade «el jardín de la Iglesia». Y con todo el Señor está dispuesto a perdonar al mundo por medio de sus servidores: que se levanten, pues, los servidores de Dios con oraciones ardientes, deseos y obras santas; que sean, junto a Cristo en la Cruz, me-

diadores para que descienda la misericordia. Tal es la preocupación de Catalina. Otros en sus oraciones suplicaron por sí mismos, por el perdón de sus pecados, y por la extensión del reino de Dios en sus almas. Leed las revelaciones de Santa Gertrudis. En ellas encontraréis, con frecuencia, el pensamiento del prójimo, mas ante todo presenciaréis las relaciones de Gertrudis con el Señor. Santa Teresa misma, quien asigna a la oración de sus hijas una finalidad apostólica, ¿de qué habla sobre todo en sus escritos? De las etapas del alma en su ascensión hacia Dios.

Leed después las oraciones de Santa Catalina de Siena: no estáis ya en presencia de un alma que quiere sólo unirse a Dios; no se trata de Catalina, ni de sus preocupaciones, ni de sus sufrimientos, ni de sus gozos, ni siquiera de su santificación. Ella no cuenta para nada; se olvida. Su quehacer es muy distinto, en realidad de verdad: se trata de todas las almas, de la Iglesia entera, del reino de Cristo en su más amplia extensión. Evocan sus oraciones al Pontífice perseguido, a la Iglesia abrumada de males y de los que es preciso librarla, al universo inmerso en el pecado. Este es su único quehacer: la salvación del mundo. Quien quiera orar con Catalina, deberá dilatar su corazón: que se ensanche su oración, que sea universal, verdaderamente católica, vasta como la Iglesia, como el mundo; que abarque todos

los intereses de Dios por los que debe estar dispuesto a dar la vida:

Divina y eterna Caridad, yo te suplico que te apiades de tu pueblo. No abandonaré tu presencia sin que te hayas compadecido de él. ¿Y de qué me serviría tener la vida, si está muerto tu pueblo, si las tinieblas se ciernen sobre tu Esposa?... Quiero, pues, y te lo pido como un favor, que tengas piedad de tu pueblo.

Noble lenguaje: *Y de qué me serviría tener yo la vida si está muerto tu pueblo.* Eco generoso del Apóstol: *Quisiera ser anatema por mis hermanos.*

Oh Trinidad eterna, oh Fuego que ardes siempre sin consumirte..., dilata mi alma para la salvación del mundo: no que pueda producir por mí misma fruto, sino por la virtud de tu caridad, principio de todos los bienes.

Se reprocha no dedicarse suficientemente a la extensión del reino de Dios.

¡Oh Vida eterna, Tú estás ahí, muy cerca de nosotros, y nosotros, criaturas insensatas, no te conocemos! ¡Oh alma mía, cuán miserable y ciega eres! ¿Dónde está el grito, dónde las oraciones que deberías hacer subir a Dios que sin cesar te invita a ello? ¿Dónde el dolor de corazón por todos estos árboles plantados en la muerte? ¿Dónde los deseos angustiosos que

enternecen la divina piedad? Yo no los tengo porque todavía no me he perdido para mí misma; si yo me hubiera perdido y si hubiera buscado a Dios solo, la gloria y la alabanza de su nombre, se desvanecería mi corazón, se secarían mis huesos. Pero siempre he producido frutos de muerte porque yo no estoy incorporada a Ti.

Recuerda que el Señor en persona le había animado a la confianza: «No permitas que se debilite tu deseo, que se apague tu voz. Grita, gritame para que Yo tenga misericordia del mundo» (Diál. VCII). Qué intrepidez cuando se trata de la salvación de las almas. ¿Ha sido superada alguna vez esta confianza? Creemos que no. ¿Ha sido acaso igualada? Una pobre vieja a quien cuida Catalina con tierno afecto, a pesar de su manifiesta y repugnante ingratitud, va a morir en pecado por su odio contra su bienhechora. Pero Catalina no puede tolerar que se pierda esta alma:

Pues bien, Señor. ¡Yo, desgraciada mujercita habré nacido para que por culpa mía almas creadas a tu imagen sean enviadas al fuego eterno! No puedes permitir que en lugar de ser para mi hermana instrumento de salvación, sea ocasión de condena eterna. No, no es posible; tu infinita bondad no puede tolerar tan lamentable ruina... ¡Qué desventurada soy! ¿Son éstas las promesas que tu generosidad me hizo,

cuando me anunciaba que, en conformidad con mis deseos, yo sería útil a las almas? ¿Estos son los frutos de salvación, cuyo instrumento yo debía ser en tus manos? Mi hermana muriendo de muerte eterna por culpa mía. ¡Ah! Por mis obras no merezco otros frutos. Pero esto no impide que yo implore tu piedad eterna, no cesaré de invocar tu infinita bondad hasta que los males merecidos por mí, se conviertan en bienes; hasta que mi hermana sea liberada de la muerte eterna.

Pero esta vez se resiste el Señor; responde a Catalina que la justicia no puede tolerar que odio tan implacable quede impune y no puede menos de castigar a esta desgraciada. Pero la confianza de Catalina es más fuerte. Se obstina en la oración:

Castiga en mí el pecado de mi hermana, sea cual fuere; yo soy la causa de su desgracia, yo debo ser castigada y no ella. Oh Señor mío, no saldré con vida de este recinto sin que me hayas concedido para mi hermana el perdón pedido.

¿Para qué insistir más?, anota el Beato Raimundo. La eficacia de esta oración fue tal que el alma de la enferma no podía salir de su cuerpo, aunque la agonía se prolongara tres días y tres noches... Durante todo este tiempo, seguía orando Catalina; y terminó, si puedo expresarme en estos términos, por vencer al Invenci-

ble... Como si el Señor ya no hubiera podido resistir más, le envió del cielo un rayo de luz que iluminó misericordiosamente el alma de la agonizante y le concedió saludable contrición.

Ora otra vez Catalina por su «bella brigata», sus queridos discípulos, de los que quiso hacer a cualquier precio «plantas odoríferas en el jardín de la Iglesia». «Te recomiendo, Señor, a mis hijos amadísimos, pues ellos son mi alma.» Y entiende que es escuchada; tiende su mano hacia el Señor: «Yo quiero—dice—una señal de que los salvarás.» El día en que tiene en sus manos la cabeza ensangrentada de Nicolás Tuldo, «cautiva la divina Bondad» y dice: «Quiero.» Este «quiero», su célebre «voglio», parece caracterizarla; lo emplea con todos, incluso con Dios. En su oración es la traducción de su indestructible confianza y le arranca milagros al Omnipotente, que le respondía: «Hija mía dulcísima, tus lágrimas me han vencido porque están unidas a mi caridad y son vertidas por el amor que sientes por Mí; estoy encadenado por los lazos de vuestros dolorosos deseos.»

Oh querida Santa; hoy, como en tu tiempo, el pecado se extiende sobre el mundo; contra la santa Iglesia, «la dulce Esposa de Cristo», se ha fraguado una conjuración universal. Pero por ti nos dice todavía el Señor: «Que mis servidores me hagan violencia con sus lágrimas, con sus santos deseos, sus humildes y continuas oraciones, pues Yo quiero conceder mi misericordia al mundo.»

Enséñanos, pues, a orar. Enciende en el corazón de tus discípulos de hoy, que hubieran deseado formar parte de tu «bella brigata», este vivo amor del prójimo, del que decías que es «hambre de la salvación de las almas y les acucia sin cesar y les hace llamar día y noche a la puerta de la misericordia divina».

Enséñanos a orar bien, poniendo en orden nuestros sentimientos; a orar con fervor, pues tú nos dijiste, querida Santa, «la verdad llama al amor», y el que sabe orar bien, sabe pensar bien y vivir bien.

LAS CARTAS DE SANTA CATALINA

Ha escrito numerosas cartas Santa Catalina de Siena. La célebre edición de Gigli cuenta con trescientas setenta y tres. Hay, sin duda, otras muchas. Recientemente se han descubierto algunas completamente inéditas.

La finalidad de estas cartas era totalmente distinta, según la condición de los destinatarios, los cuales pertenecían a diversas condiciones sociales. Entre los correspondientes de Catalina se cuentan reyes y mujeres del pueblo, varios papas, cardenales, obispos, religiosos, jefes de Gobierno, guerreros, etc. La variedad no puede ser mayor. Un crecido número de estas cartas contienen exclusivamente consejos de vida espiritual. Muchas otras se ocupan también de asuntos políticos y religiosos de aquel tiempo. Todas ellas están animadas por una elocuencia ardiente y persuasiva que las erigen un monumento único de la literatura del siglo XIV italiano.

De todos es reconocido el valor literario de

estas cartas. Han convertido a la humilde hija del tintorero de Siena en uno de los escritores clásicos de Toscana, a quien los críticos italianos no consideran temerario el colocarla por encima de su contemporáneo Petrarca. Sea de ello lo que fuere, es, sin embargo, innegable que la prosa de Santa Catalina es una de las más vivas, más animadas que pueda darse. Es armonía del habla toscano en su edad de oro; sencillez y ligereza de andadura de un corazón grande; lucidez de expresión de una subida inteligencia.

Muchas de estas cartas, como el *Diálogo*, fueron dictadas en éxtasis. Unas veces dictaba Catalina sus cartas paseando por su celda con las manos cruzadas sobre el pecho; otras, de rodillas, levantada su cabeza al cielo. «De ordinario dictaba sus cartas—cuenta el Beato Raimundo—sin la menor incertidumbre de pensamiento, y parecía como si leyera en un libro que estuviese colocado ante sus ojos todo lo que decía. Con frecuencia la vi dictar a dos amanuenses a la vez cartas diferentes, destinadas a personas distintas, tratando de materias que nada común tenían entre sí. Ninguno de los secretarios tenía que esperar, aunque fuera un momento, su dictado, y ninguno recibía de la Santa una palabra extraña a su propósito. Como yo manifestara mi admiración, varios de los que la conocían con anterioridad me respondieron que algunas veces ocupaba tres o cuatro amanuenses al mismo tiempo, de la manera que

he dicho, con la misma rapidez y seguridad de memoria.»

Los tres secretarios a los que de ordinario dictaba sus cartas fueron Neri de Landoccio Pagliaresi, Esteban de Corrado Maconi y Barduccio de Piero Canigiani.

Neri, de noble familia sienesa, fue uno de los primeros discípulos de Catalina, al que había convertido. Se puso a su servicio, e instruído por ella en la ciencia de los santos, alcanzó subida virtud. Era una naturaleza rica, uno de los más agraciados poetas de su tiempo.

Esteban Maconi era asimismo sienés. En 1376 conoció a Catalina y se le unió inmediatamente. Compañero de casi todos sus viajes, sentía por ella un afecto y veneración sin límites. Y al morir Catalina le ordenó que ingresara religioso en la Cartuja, donde murió en olor de santidad.

Barduccio, florentino, el último de los tres, fue el más amado de Catalina y gozó de mayor familiaridad. Gozaba con comunicarle sus pensamientos más íntimos. Y Barduccio aprovechó esta preciosa coyuntura para lograr una alta perfección espiritual. Corrientemente se le menciona con el título de bienaventurado.

LA MUERTE DE NICCOLO TOLDO

Hacía ya mucho tiempo que se hallaba Siena dividida por odios implacables y era presa de incesantes revoluciones. Pasaba el poder de los gibelinos a los güelfos, y viceversa, y bajo ambos partidos, ora el puebo, ora la burguesía, ora los nobles, lo acaparaban como triunfo, cuyo precio era la sangre. Sólo por el terror lograban mantenerse estos regímenes. En 1368 se instaló por la violencia el poder de los llamados Reformadores. Baste con citar este hecho para formarse una idea de su manera de gobernar: Agnolo di Andrea fue decapitado por haber dado un banquete a sus amigos y no haber invitado a ningún reformador.

Un joven noble de Perusa, Niccolo Toldo, fue asimismo condenado a muerte por haber hablado mal del Gobierno. Al enterarse de la sentencia, Niccolo, en la flor de la edad y lleno de esperanzas, fue presa de furor y se deshizo en espantosas imprecaciones. En vano se le enviaron diversos sacerdotes; su furor subía todavía

más. Insultaba a sacerdotes y monjes. Tenía por aquel entonces veinte años y no se resignaba por unas palabras descomedidas a poner su cabeza sobre el pilón. Caffarini, que fue a verlo a su celda, lo encontró desesperado. «Arañaba las paredes de su celda—dice—como un loco furioso.»

Intervino entonces Catalina. Cuando vio que los monjes sólo exasperaban al joven, se fue a la prisión y su dulce influencia transformó a Niccolo. En una carta al Beato Raimundo cuenta su visita y la muerte del malogrado joven:

«Ya he recibido una cabeza en mis manos y he sentido cómo el corazón no puede imaginar tal dulzura, ni expresar los labios, ni ver los ojos, ni el oído escuchar. Se ha cumplido la voluntad de Dios a través de todas las tribulaciones, que no os cuento porque esto sería excesivamente largo.

Iba a ver al que vos sabéis, y mi visita le dió tanto ánimo y consuelo que se confesó y se preparó muy bien. Me hizo prometer por amor de Dios que yo estaría a su lado a la hora de la justicia.

Y mantuve mi promesa. Por la mañana, antes de sonar la campana, ya estaba yo a su lado, de lo que quedó grandemente consolado. Le llevé a oír misa y recibió la santa Comunión, a la que no se acercaba nunca. Su voluntad era sumisa y al unísono con la voluntad de Dios. Sólo le quedaba el temor de que careciera de

valor en el momento supremo. Mas la ardiente e inmensa bondad de Dios le sorprendió a él mismo inflamándole con tal amor y tal deseo de Dios que tenía prisa por ir a El. «Quédate conmigo—me decía—; no me abandones. Así no podré menos de ser bueno; muero contento.» Y descansaba su cabeza sobre mi pecho.

Y entonces yo estaba llena de júbilo y percibía que el perfume de su sangre se mezclaba con el perfume de la mía, que deseo derramar por el dulce esposo Jesús.

Como el deseo invadiera mi alma y yo presintiera su temor, le dije: «Valor, dulce hermano mío, pues muy pronto estaremos en las bodas eternas. Irás bañado en la dulce sangre del Hijo de Dios y con el dulce nombre de Jesús, que no quiero que salga de tu corazón. Yo te esperaré en el lugar de la justicia.»

Oh padre e hijo mío, su corazón entonces perdió todo temor, su rostro entristecido se transfiguró de gozo. Se estremecía de alegría. «¿De dónde me viene esta insigne gracia?—preguntaba—. La dulzura de mi alma me esperará en el santo lugar de la justicia.»

Ved qué claridad se había formado en su alma, puesto que llama santo al lugar de la justicia. «Sí—decía—, iré lleno de valor y gozo, y me parece que tengo que esperar todavía mil años cuando pienso que tú estarás allí.» Y decía palabras tan dulces, que el corazón quedaba atónito ante la bondad de Dios.

Lo esperé, pues, en el lugar de la justicia in-

vocando sin cesar la asistencia de María y de Catalina, virgen y mártir. Antes que llegara, me incliné y extendí mi cuello sobre el pilón. Mas no pude pensar en mí. Oré con insistencia, y dije: «¡María!», afirmando que quería para él, en el momento supremo, la luz, y para mí, la paz del corazón al ver que alcanzaba su último fin (1). Y de tal modo se embriagó mi alma con la dulce promesa recibida, que no veía a nadie a pesar de estar rodeada de gran multitud.

Llegó, dulce como un cordero. Y sonrió al distinguirme. Quiso que yo trazara sobre él la señal de la cruz. Lo hice, y luego le dije: «De rodillas; a las bodas, mi dulce hermano. Vas a tener la vida que no termina jamás.»

Entonces se extendió con gran dulzura y yo le tendí el cuello. Inclinada sobre él, le recordaba la sangre del Cordero. Y él sólo sabía repetir: «¡Jesús! ¡Catalina!» Todavía lo estaba repitiendo cuando yo recibí en mis manos su cabeza.

Fijé entonces mi mirada en la divina Bondad, y dije: «Quiero.»

Y vi, como se ve la claridad del sol, al Hombre-Dios con el costado abierto. Recibía la sangre en su Sangre y el fuego del santo deseo dado por la gracia y escondido en su alma. Lo recibía en el fuego de su divina Caridad (2). Cuan-

---

(1) La visión beatífica de Dios.

(2) Cristo recibía en su propia Sangre la sangre de Nicolás y en su propio amor el amor que la gente había prendido en el alma de Nicolás.

do El recibió esta sangre y este deseo, acogió al alma y, todo misericordia, la hizo entrar en la morada de Corazón: La soberana Verdad quería mostrar que esta alma sólo era acogida por gracia y misericordia, y no por sus méritos.

Oh, qué inefable gozo al contemplar la Bondad divina. Con qué dulzura y amor esperaba Dios a esta alma que abandonaba su cuerpo, y posaba su mirada de misericordia cuando entraba en el Corazón divino totalmente bañado en su sangre, que la Sangre del Hijo de Dios tornaba preciosa. Dios Padre la recibió con su poder, suficiente para cosa tan grande. El Hijo, Sabiduría, Verbo encarnado, le comunicó el amor crucificado con el cual El mismo soportó la dura e ignominiosa muerte para obedecer a su Padre y salvar al género humano. Y las manos del Espíritu Santo la encerraban dentro.

Dibujó entonces esta alma un gesto de dulzura tan grande, capaz de arrebatar mil corazones. No me sorprende, pues gustaba de la suavidad divina. Se volvió como la esposa al llegar al umbral de la casa del esposo: se volvió hacia sus compañeras, las miró e inclinándose, trazó su último gesto de gratitud.

Cuando hubo desaparecido, descansó mi alma y gustó tal paz que el perfume de su sangre, que no permití que se quitara la que de su herida había brotado y caído sobre mí.»

LA POLITICA DE SANTA CATALINA

Para la perfecta comprensión de la vida de Santa Catalina es preciso recordar el plan que se había trazado para la restauración de Italia y de la Iglesia; era grandioso y abarcaba a la vez los intereses de la religión y de la civilización, cuyo triunfo perseguía con la tenacidad de los santos.

Para restaurar la sociedad cristiana trabajó en un triple proyecto: el retorno del Papa a Roma, la cruzada y la reforma de los pastores.

El retorno del Soberano Pontífice pacificaría a Italia y devolvería al Papado su preponderancia universal; sería la cruzada cauce de las pasiones guerreras de príncipes y jefes de banderías; con esto se implantaría la paz y se protegería la civilización cristiana contra los turcos amenazadores; por último, con la reforma de los pastores produciría la Iglesia nuevos frutos de salvación y reconquistaría su poder sobre los pueblos.

Para asegurar el éxito de esta política tan

ambiciosa intervino Catalina ante los diversos soberanos de Europa y, en especial, ante los Papas. Les escribió sus más bellas cartas. Joerghensen pudo escribir: «La vida de la virgen sienesa fuè uno de los centros de la política eclesiástica de su tiempo.» Si se hubiera escuchado a la humilde hija del tintorero, la Iglesia y el mundo entero se hubieran ahorrado muchas desventuras.

Es curioso observar cómo en una carta dirigida al Beato Raimundo, carta que, por otra parte, su confesor debía enseñar a Gregorio XI, sin separarse del humilde respeto y afecto filial, le recuerda al Papa con claridad y firmeza singulares lo que Dios esperaba de él: la reforma del clero y la cruzada. Si la Iglesia sigue siendo desolada es porque el Papa escucha el parecer de hombres interesados. Que se reforme el clero y de nuevo los pueblos se unirán a la Iglesia. Que proclame la cruzada y las naciones cristianas cesarán de despedazarse mutuamente.

«Espero de la bondad de Dios—dice—que posará sus ojos misericordiosos sobre la esposa de Cristo y su Vicario, como asimismo sobre mí. A mí me quitará los defectos y la ignorancia; a la Esposa le dará la tranquilidad de la paz y la renovación mediante numerosos sufrimientos, pues el sufrimiento es el único medio de arrancar las espinas de los muchos abusos que ahogan el jardín de la santa Iglesia; a su Vicario le concederá la firmeza varonil de no vol-

ver la cabeza atrás por ninguna pena o persecución que le puedan infligir los hijos de los inicuos, ser constante y perseverante en las dificultades, arrojarse en medio de los lobos como un cordero impulsado por el hambre ardiente del honor de Dios y la salvación de las almas, de abandonar la preocupación de las cosas temporales para ocuparse de las espirituales.»

Es lo que le pide la divina Bondad: entonces el cordero domeñará a los lobos y los lobos se convertirán en corderos; veremos al hombre de Dios alabado y glorificado y la santa Iglesia prosperar en paz. No hay otro medio: no la guerra, sino la paz, la dulzura y los santos castigos espirituales que debe infligir un padre a un hijo culpable.

«¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Santísimo Padre, es lo que cumplisteis el primer día que volvisteis a vuestra sede. Espero de la bondad de Dios y de vuestra Santidad que lo que queda por hacer, lo haréis para restaurar los intereses temporales y espirituales. Vos sabéis, pues ya os lo han dicho (3), lo que Dios os exige: quiere que tra-

(3) Catalina había dado a conocer con frecuencia a Gregorio XI oralmente y por escrito lo que Dios esperaba del Pontífice: «El mundo está en plena efervescencia, me decís. ¿Cómo pacificarlo? De parte de Cristo, os respondo. Es preciso que empleéis vuestro poder en arrancar del jardín de la santa Iglesia las flores corrompidas; los malos pastores y gobernadores llenos de impureza y avaricia, e inchados de orgullo, que emponzoñan y pudren este jardín. Vos sois nuestro Señor; usad vuestro poder arrancando estas flores. Que no tengan ningún gobierno y que se ocupen de gobernarse a sí mismos y de llevar una vida santa. Luego plantad en este jardín flores odoríferas: pastores y gobernadores

bajéis en la reforma de la santa Iglesia, castigando abusos y nombrando pastores virtuosos. Haced la paz con vuestros hijos culpables por el medio más apto y agradable a Dios que podáis encontrar. Luego os aplicaréis a levantar el estandarte de la santísima Cruz contra los infieles.

Cometemos muchas negligencias. Hay quehaceres que se llevan a cumplido término no con la crueldad y menos todavía con la guerra, sino con la paz y la dulzura; hay que infligir al culpable, en el momento oportuno, su castigo; no en tanto que lo merece, puesto cuanto más lo merece menos puede tolerarlo, sino más bien en la medida en que, como enfermo, puede soportarlo. ¿No serán estas negligencias la causa de tantas ruinas, desgracias y revoluciones que padecen la santa Iglesia y sus ministros? Temo que si se sigue obrando como hasta ahora, nuestros pecados acarreen desgracias todavía mayores; quiero decir, peores desastres que la pérdida de las cosas temporales.

Yo, miserable, soy la causa de todos estos males y vuestras pruebas por mi falta de virtud y mi gran desobediencia (4).

---

que sean verdaderos servidores de Jesucristo, padres de los pobres, que sólo se interesen por la gloria de Dios y la salvación de las almas» (Carta 206).

(4) ¿Cómo un alma tan pura podía creerse sinceramente la causa de tantos males? Al Padre Raimundo, que se lo preguntaba, le respondió: «Si yo estuviera totalmente abrasada por el fuego del amor divino, ¿no rezaría a mi Creador con un corazón de llamas, y El, que es soberanamente misericordioso, no se compa-

Examinad, Santísimo Padre, a la luz de la razón y de la verdad el motivo de vuestro descontento contra mí y no me castiguéis; ya es bastante el que vos estéis descontento. ¿A quién recurrir si vos me abandonáis? ¿Quién me salvará? ¿Quién será mi refugio si vos me desecháis? Cuando me acosan mis perseguidores, me refugio junto a vos, junto a otros hijos y servidores de Dios. Si, enfadado e indignado contra mí, me abandonáis, me esconderé en las llagas de Cristo crucificado, del que vos sois Vicario; sé que El me recibirá, puesto que no quiere la muerte del pecador. Acogida por El, vos no me desecharéis, sino que, por el contrario, permaneceréis en vuestro puesto para combatir virilmente con las armas de la virtud en favor de la dulce esposa de Cristo. Quiero terminar entonces mi vida entre lágrimas, sudores y suspiros; dar mi sangre y la medula de mis huesos. Y si el mundo entero me desechara, no me turbaría por ello, sino que entre lágrimas descansaría con entera confianza en el regazo de la dulce Esposa.

---

decería de todos mis hermanos y les concedería a todos el estar abrasados por el fuego que habría en mí? ¿Cuál es el obstáculo para tan gran bien? Mis solos pecados, sin duda. Cuando yo considero el número y calidad de las gracias con que misericordiosamente me ha colmado para llevarme a este estado del que os he hablado, y cuando los males de que soy testigo me muestran claramente que mis iniquidades me han impedido llegar a El, me rebelo contra mí misma y lloro mis pecados, sin desesperación, pues cada vez espero con mayor confianza que El nos perdonará a mí y a los otros» *(Leyenda,* Apend.).

Perdonadme, Santísimo Padre, mi gran ignorancia y las ofensas que pueda haber cometido contra Dios y vuestra Santidad. Que la verdad sea mi excusa y la Verdad eterna mi redención. Os pido humildemente vuestra bendición.»

AL SERVICIO DE LA IGLESIA

Nos lamentamos con frecuencia de nuestro tiempo, y no sin motivo. Cometemos, sin embargo, un error al creer que soportamos desventuras y desórdenes desconocidos en otros tiempos: no son raras las épocas tan turbulentas y desventuradas como la nuestra. Si pudieran hablar las piedras de la catedral de Siena, plácidas hoy bajo el cielo luminoso de Toscana, nos dirían de querellas sangrientas, de revoluciones, de días luctuosos; historia, en verdad, borrascosa y atroz, sobre todo si nos contaran lo que vió Santa Catalina. Parecía Siena la cita de todas las desventuras: enemistades de familias irreconciliables, salvajes guerras civiles, guerra exterior, de cuando en cuando la peste, hambre, y, enseñoreándolo todo, el cisma de la Iglesia. Y para hacer frente a todos estos males, jefes indignos, tiranos de los más crueles que recuerda la Historia, un clero sin sentido de sus deberes más elementales, preocupado

más de sus riquezas que de las almas. Amenazaba con extinguirse la llama cristiana.

¿Qué hizo la humilde hija del tintorero? No desesperó de su tiempo. Ante un clero prevaricador, no olvidó el respeto debido a los ministros de Dios, y sus pesares y sufrimientos jamás supieron de insumisiones. Siempre fue a sus ojos la Iglesia «la dulce Esposa de Cristo», y el Romano Pontífice, «el dulce Cristo de la tierra». Les sirvió con fidelidad, los amó hasta morir por ellos. Y su ejemplo tiene vigencia para nosotros; nos enseñó, en todo caso, cómo se puede, en el dolor, ser fiel y servir.

CRISTO VIVIENTE

Sí; por el amor de Jesús crucificado debemos apasionarnos por la santa Iglesia.

Este grito, prendido en una de sus cartas a la reina de Hungría, resume y explica la vida pública de Santa Catalina de Siena. Todos los santos han amado la Iglesia; Santa Catalina sintió por ella pasión. Le inspiró este amor extraordinario sus gestiones, viajes, embajadas, escritos, amistades, luchas, sufrimientos; dió a su muerte belleza incomparable, grandeza única. Como hija del pueblo, sin estudios, sin cultura humana, una «popolana», como se le llamaba en Siena, elevóse hasta la concepción grandiosa de la Iglesia, que expone con tanta frecuencia y ardor en sus escritos; esta concepción, que sostuvo su vida y le permitió conseguir verdaderas maravillas, como el retorno de Aviñón, se explica únicamente por su vida interior y sus íntimas relaciones con Dios. Los hombres no prendieron esta llama en su corazón. La chispa brotó de lo Alto. No ha estruc-

turado, evidentemente, una doctrina nueva; nada tan tradicional como su concepción del cuerpo místico de Cristo. Los Padres de la Iglesia y los doctores medievales nos habían enseñado la unión de Cristo y su Iglesia. Catalina conocía sus fórmulas y las juzgó al través de su luz interior y les ha dado esta luz relieve, vida y calor únicos. No conocemos en toda la Historia Universal ningún santo que haya tenido visión tan precisa de la realidad mística de la Iglesia: Cristo viviente. Cristo y su Iglesia son una misma cosa. Escribe a Nicolás Soderini: «La Iglesia es lo mismo que Cristo.» Ve, siente, experimenta, por así decirlo, que la Iglesia es Jesús tomando cuerpo en sus miembros, infundiendo en ellos su vida, renovando situaciones y misterios de su existencia terrestre. Por eso, Catalina ama a Jesús como ama a la Iglesia; ama a Jesús en la Iglesia y muere por la Iglesia para poder morir por Jesús. Hablando de sí misma, escribe a Nicolás d'Osimo, secretario de Gregorio XI:

Es una sierva de Dios que se esfuerza por conocer su nada y la bondad de Dios para con ella; veía que Dios, por amor, le había concedido el ser y toda suerte de gracias y dones. Contemplaba este abismo de caridad, saboreaba este amor y buscaba cómo agradecérselo a Dios.

¿Cómo darle las gracias? No hay otro medio que el de amarle.

Mas la sierva de Dios comprendía que no podía serle útil en nada, que ni siquiera podía probarle que le amaba; buscó entonces algo que amar por El y probarle de este modo su amor, y vió que Dios con amor infinito ama a la criatura racional y ella encontró este amor divino en sí y en sus hermanos. Poseía un medio de probar a Dios si le amaba o no. Podía, pues, serle útil. Se entregó con pasión a amar al prójimo, y sentía tal amor de su salvación que gozosa hubiera dado su vida para conseguirla. Lo que no podía hacer por Dios, lo deseaba hacer por su prójimo. Comprendía que debe amarse a Dios mediante el prójimo y devolverle de este modo amor por amor. Dios manifestó su amor misericordioso por el Verbo, su Hijo: así quería honrarle deseando la salvación de las almas y complacerle probándoselo.

Y ella se decía: «¿En qué jardín podré trabajar? ¿En qué mesa satisfacer este deseo?»

Se le apareció Nuestro Señor y le dijo:

«Hija mía dulcísima, en el jardín de mi Esposa y en la mesa de la santa cruz, con tus penas, la angustia del deseo, con vigilias y oraciones, con activos y perseverantes esfuerzos.

»Nada puedes desear por la salvación de las almas que no lo desees por la Iglesia: es el cuerpo universal de los que participan de la luz de la santa fe. Sólo obedeciendo a mi Esposa se puede poseer la vida.

»Debes desear que el prójimo, cristiano o infiel, toda criatura racional, se alimente en este

jardín, bajo el yugo de la santa obediencia... Pero te digo que en este momento es preciso sentir deseos y hambre especiales. Te quiero dispuesta a morir, si fuera preciso, por la Iglesia...»

Entonces, ante el abismo tan profundo y tan ancho de la bondad divina y comprendiendo lo que más complacía al Señor, la sierva de Dios avivaba el fuego de su deseo y le parecía que si le fuera posible dar su vida por la santa Iglesia mil veces cada día hasta el día del Juicio final, hubiera sido menos que una gota de vino en el mar. Y esto es verdad (5).

Con fruición hemos citado este pasaje por su importancia: es la clave de la vida pública de Catalina; pone al descubierto su unidad, su simplicidad impresionante en la complejidad de sus actividades; nos permite comprender por qué pasando por encima de las repugnancias, que sin duda sentiría la joven, se lanzó en plena política y no dudó un momento siquiera en inmiscuirse en el gobierno de la Iglesia: es que la Iglesia es Cristo viviendo entre nosotros.

---

(5) Carta a Nicolás d'Osimo, CCLXXXII. Citamos la segunda edición del P. Misciattelli: *Le Lettere di S. Caterina de Siena*, con notas de N. Tommaseo, cinco volúmenes, Siena, 1913.

SANTIDAD DE LA IGLESIA

Quiere a la Iglesia hermosa y santa. Deben tener siempre presente los prelados y sacerdotes su incomparable ministerio y llevar una vida que les haga aptos para «administrar el sol..., distribuir la luz, el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios y los otros sacramentos, que sólo valen y dan vida en virtud de la sangre». Tiene Catalina una idea muy alta del ministerio sacerdotal. Nos cita en el *Diálogo* las palabras de Dios Padre:

«Mis servidores se hallan en posesión de las propiedades del sol: todos sus poderes están llenos de Mí, Sol verdadero, y ellos desempeñan las funciones de sol.

El sol calienta, ilumina y su calor fecunda la tierra. ¿Qué hacer, pues, mis queridos ministros?

Elegidos y ungidos por Mí, colocados por Mí en el cuerpo místico de la santa Iglesia para la distribución del Sol, que soy Yo mismo, para

distribuir el cuerpo y la sangre de mi Hijo únicos y los otros sacramentos que contienen la vida en virtud de la sangre..., expanden la luz que hay en ellos, luz de ciencia sobrenatural, e irradian el calor de la caridad más ardiente. El calor de su caridad hace fermentar las almas estériles; su ciencia les ilumina con su luz y el ejemplo de su vida ordenada y santa termina por disipar las tinieblas de los pecados e infidelidades. Llevan a mi disciplina a los que vivían en la noche del pecado y en la frialdad de la muerte por la privación de la gracia. ¿No es verdad que son soles, puesto que tienen la propiedad del sol, participada de Mí, Sol verdadero, siendo por amor una misma cosa que Yo y Yo que ellos?» (6).

Para Catalina los bienes divinos son la riqueza de la Iglesia; los sacramentos administrados por clérigos santos y celosos, recibidos por numerosos fieles filialmente obedientes. ¿Y los bienes terrestres? Apenas si cuentan y no pueden compararse con el menor bien sobrenatural. Cuando Gregorio XI se vió obligado por la doblez florentina a recurrir a la guerra y reivindicar su autoridad sobre sus provincias italianas, le escribió Catalina con una extraña mezcolanza de humildad y audacia que sólo puede encontrarse en sus cartas:

«Quizá me digáis, Santísimo Padre: «En con-

(6) Diálogo, CXIX.

ciencia, estoy obligado a conservar y recuperar los bienes de la santa Iglesia.» Es verdad, por desgracia, y yo lo confieso. Pero me parece que entre dos tesoros es preciso guardar ante todo el más precioso. El tesoro de la Iglesia es la sangre de Cristo, vertida en rescate de las almas; este tesoro de la Sangre no ha sido vertido para los bienes temporales, sino para la salvación del mundo. Admitiendo que estéis obligado a recuperar los bienes y la autoridad sobre las ciudades sublevadas, estáis mucho más obligado a reconquistar a tantas de vuestras ovejas perdidas, tesoro verdadero de la Iglesia. Si hay que olvidar alguna cosa, son los intereses materiales antes que los bienes espirituales» (7).

Se respira en estas líneas la profunda convicción de que la vida de la Iglesia, a imitación de la del Salvador, es ante todo sacerdotal, y que su actividad fundamental es ofrecer el sacrificio y derramar su fruto sobre las almas. Nunca es mayor el sacerdote que en el altar, ni más poderoso el Papa que cuando obra como Pontífice.

---

(7) Carta a Gregorio XI, CCIX.

«¿POR QUE GUARDAIS SILENCIO?»

Uno de los dolores más agudos de Catalina fue el espectáculo de las deficiencias de una considerable parte del clero. Había en torno suyo, es verdad, y en toda la Iglesia buenos sacerdotes y celosos prelados; su correspondencia nos da a conocer a muchos de ellos. Sin contar a Catalina, era entonces Siena cuna de bienaventurados y santos. Mas no es menos cierto que la vida de muchos clérigos era gravemente escandalosa; y hasta en las proximidades del Papa, en la corte Aviñón, se hacía gala de intolerables desórdenes. En el *Diálogo* relata Catalina lo que vio con sus propios ojos; es escalofriante. Fue para ella, hasta su último suspiro, uno de sus dolores más punzantes.

Pero no era Catalina espíritu que se rindiera fácilmente. Lejos de descorazonarse su amor filial, el espectáculo de estos desórdenes no hizo sino avivarlo. Y apenas en contacto con los altos personajes eclesiásticos, intentó encaminarlos a una reforma del clero. Era herir la cabeza

y cortar el mal por la raíz. La lectura de sus cartas sobre la reforma nos revela cómo amaba a la Iglesia y qué valor le inspiraba este amor. En una de sus primeras cartas, escribe a Gerardo du Puy, legado papal en Italia:

«Pienso ante Dios que nuestro dulce Cristo de la tierra (el Sumo Pontífice) haría bien en librarse de dos cosas que corrompen la Esposa de Cristo. La primera es el excesivo amor que profesa a su familia, de la que se ocupa con excesiva solicitud. Es preciso que este abuso cese por todo y en todos...»

Era Gerardo sobrino del Papa, de quien había recibido cargos considerables, y la que le escribía, era la pobre hija del tintorero sienés, entonces de veinticinco años. «Esta mujer—anota el notario Guidini—se preocupa poco de complacer o no cuando habla; sólo piensa en el honor de Dios.» Escribe a otro prelado:

«¿Por qué guardáis silencio? Este silencio es la perdición del mundo. La Iglesia está pálida; se agota su sangre.»

Exhorta al débil Gregorio XI a mantenerse firme y a arrostrar toda suerte de dificultades para procurar la santidad de la Iglesia.

«El querer vivir en paz es, con frecuencia, la mayor crueldad. Cuando está maduro el absceso, hay que cortarlo con el bisturí y quemarlo con fuego, y si se le descuida y se le pone

sólo ungüento, la corrupción se extiende y puede causar la muerte» (8).

A Urbano VI:

«Santísimo Padre: Dios os ha escogido para administrar la Sangre de Jesús crucificado, del que sois Vicario; os ha escogido en una época en que la iniquidad de los fieles está más extendida que nunca... Como buen pastor, corregid con valor, arrancad el vicio, plantad la virtud y estad presto a dar vuestra vida si fuere preciso. Oh dulcísimo Padre, el mundo ya no puede más, tanto abundan los vicios... (9).

Cristo bendito se lamenta de que la Iglesia no sea purificada de sus vicios y de que Vuestra Santidad no ponga en ello todo vuestro celo. No podéis de un golpe arrancar todos los desórdenes, pero cargaréis vuestra conciencia si no hacéis lo que está en vuestras manos para purificar el corazón de la santa Iglesia... ¿Sabéis lo que sucederá si no hacéis todo lo que está a vuestro alcance? Dios quiere la reforma de su Esposa; no puede permitir que esté cubierta de lepra. Si Vuestra Santidad no lleva a cabo aquello para lo que ella ha sido elevada a tan alta dignidad, Dios en persona lo llevará a cabo, mas con muchas tribulaciones. Cortará este madero torcido y lo enderezará a su ma-

(8) Carta CLXXXV.
(9) Carta CCXCI.

nera. Oh Santísimo Padre, no esperemos esta humillación...» (10).

Todo lo que podía contribuir a mantener la belleza de la Iglesia lo perseguía sin descanso, y con tal libertad de procedimientos y palabras que extrañarán sin duda a nuestro tiempo. ¿Serían acaso aceptadas sus cartas por nuestros contemporáneos como lo fueron por los suyos? Messire Pierre, párroco de Semignano, en los alrededores de Siena, se hallaba envuelto en continuas discusiones con uno de sus hermanos. Le escribe Catalina:

«Mucho me extraña que un hombre de vuestra condición pueda vivir lleno de odio. Dios os ha apartado del siglo y os ha hecho ángel de la tierra en virtud del sacramento, y hete aquí que adoptáis de nuevo las costumbres del mundo. No comprendo cómo osáis celebrar misa, y yo os prometo que, si os obstináis en este vuestro odio y en otros pecados vuestros, la justicia de Dios se abatirá sobre vos. Yo os lo digo: ¡basta ya de iniquidades! Cambiad de vida y acordaros de que la muerte vendrá y os sorprenderá en el momento en que menos lo penséis... Quiero que hagáis las paces. Qué vergüenza que dos sacerdotes vivan como enemigos. Es un verdadero milagro que Dios no ordene a la tierra abrirse y que os trague a los dos» (11).

---

(10) Carta CCCLIV.
(11) Carta XXVIII.

PECADO Y REBELION

Santa libertad la de los hijos de Dios. ¿De dónde viene este celo sin timideces? De la convicción profunda de que el pecado es el enemigo más temible de la Iglesia, el peligro interior que es preciso combatir. El cristiano que se santifica embellece, en cierta manera, a Cristo, del que es miembro; el que se entrega al pecado mancilla un miembro de Cristo. El pecado es el obstáculo principal para el establecimiento del reino de Dios, el triunfo de la Iglesia. Es además evidente que la actividad pública de Catalina se reduce, en última instancia y en todo momento, a una actividad religiosa: va a Pisa, a Florencia, a Aviñón para negociar la paz en nombre del Papa o de las repúblicas italianas; pero quiere esta paz para que se logre con mayor presteza la reforma de la Iglesia. ¿Qué aconseja a los estadistas con quienes negocia y de los que obtiene con frecuencia importantes resoluciones? La pureza de conciencia, la recepción de los sacramentos, el amor a

la Iglesia. «Purificad vuestra conciencia con una santa confesión», escribe a Carlos de Duras, pretendiente al trono de Nápoles. Y a Carlos V, rey de Francia:

«En vuestra situación os ruego, por amor a Jesús crucificado, que hagáis tres cosas. La primera es despreciar al mundo con todas sus delicias y despreciaros a vos mismo, poseyendo vuestro reino como una cosa que os ha sido confiada y que no os pertenece en propiedad... La segunda, mantener la verdadera y santa justicia y no permitir jamás que se corrompa por amor propio, ni por las alabanzas, ni por el deseo de complacer a los hombres. Vigilad para que vuestros oficiales no cometan injusticias ni violen el derecho del pobre; sed padre de los pobres: Dios os lo ha dado todo por ellos... La tercera, observar la doctrina que el Maestro os enseñó en la cruz: el amor a vuestro prójimo...»

En estos términos escribía a los grandes, incluso a la triste reina de Nápoles y al cruel y horrible Bernabé Visconti, a quien predica el amor de Jesús crucificado y el respeto a la Iglesia: «Vos pecáis todos los días—le dice—y necesitáis el perdón de vuestros pecados por la efusión de la sangre del Cordero. Pues bien: la Iglesia es la sola depositaria de las llaves de la Sangre. ¿Qué haríais sin ella y sin el Vicario de Cristo?

Os suplico que no os rebeléis contra vuestro Jefe. Despreciad las intrigas que el diablo os sugiere: que vuestro deber es luchar contra los malos pastores de la Iglesia. Esto no es asunto de vuestra incumbencia» (12).

Les exigía a todos respeto de la Iglesia y del sacerdocio; jamás permitió que los fieles, por más poderosos e irreprochables que fuesen, se erigieran en jueces de la jerarquía. Toda su correspondencia es un eco de las palabras que Dios Padre le había dictado en el *Diálogo:* «¡No toquéis a mis Cristos! La mayor desgracia que le puede ocurrir a un hombre es constituirse en su juez» (13). A Visconti, quien combatía al Papa a la vez que enviaba embajadores a Catalina para atraerla a su causa, le replicaba:

«Es insensato el alejarse del Vicario de Cristo, rebelarse contra el que tiene las llaves de la Sangre de Jesús crucificado... Nada emprendáis contra los ministros de Dios ni contra el Vicario de Cristo... No os mezcléis en estos asuntos. Conservad vuestros dominios en paz, castigad a vuestros súbditos cuando sean culpables, pero no juzguéis a los ministros de la preciosa Sangre...» (14).

Le recuerda a Nicolás Soderini, uno de los jefes de la liga florentina contra Gregorio XI,

(12) Carta XXVIII.
(13) Diálogo CXV.
(14) Carta XXVIII.

la verdad fundamental de que la Iglesia nos da la vida y que por este solo hecho merece ser respetada, sin contar además que nuestro interés está en no romper nunca la unión que nos liga a la Esposa de Cristo, nuestra Madre:

«Si estáis contra de la Iglesia, ¿cómo podéis participar de la Sangre del Hijo de Dios? La Iglesia es Cristo. Ella nos administra los sacramentos, los cuales nos hacen vivir con la misma vida que ellos tienen de la Sangre» (15).

Al ambicioso Visconti, tan poco místico, llegó a escribirle:

«Incluso si los ministros de Dios nos despojasen de nuestros bienes, deberíamos preferir perder nuestros bienes materiales y la vida del cuerpo antes que los bienes espirituales y la vida de la gracia.»

Lenguaje que el espíritu de rebelión no comprenderá nunca: para Catalina expresaba una verdad que no admite duda. No hacía más que repetir la enseñanza del Señor en un éxtasis sobre los que se levantan contra el gobierno de la Iglesia:

«Ciegos, consideran un honor lo que es su vergüenza, consideran una vergüenza lo que

---

(15) Carta CLXXI.

debería ser su honor; quiero decir, humillarse ante su Jefe... Se empeñan en seducir a los hijos de la Esposa de Cristo quebrando los lazos de la caridad que los unen, y después de haberlos privado del fruto de la Sangre, los cargan de las mismas cadenas que ellos arrastran: cadenas de orgullo, cadenas de presunción, cadenas de temor servil. Por temor de ser despojados del poder temporal pierden así la gracia y aceptan la peor vergüenza que es el ser privados de la dignidad de la Sangre. Esta cadena está sellada con el sello de las tinieblas, pues han perdido el sentido de la inmensa desgracia en que cayeron y hacen caer a los demás. Y en su ceguera, ¿no llegan hasta a vanagloriarse?

Hija mía amadísima—proseguía el Señor—, llora ante este espectáculo de tanta ceguera y miseria. Piensa en que estos desgraciados han sido purificados como tú por la Sangre; que han sido alimentados con la Sangre; que han crecido en el regazo de la Iglesia por la virtud de la Sangre. Y míralos hoy. Rebelados. So pretexto de enderezar las faltas de mis ministros, que Yo declaré inviolables y prohibo que se les toque, se han separado de su Madre la Iglesia. Lo peor es que bajo el pretexto de las faltas de mis ministros intentan esconder sus propias iniquidades» (16).

---

(16) Diálogo CXVIII.

Un poco más adelante añade el Señor que la rebelión no puede quedar impune. No en vano se pone la mano sobre su Madre:

«Esperad un poco—escribía Catalina al confaliero (17) de Luca—, vos decís: estos sublevados prosperan y van adelante. Esperad un poco y veréis el castigo: corren hacia el abismo» (18).

Es deber de los fieles el servir a la Iglesia, socorrerla en las situaciones difíciles, aceptar sus intereses, hacer suyo todo lo que a ella se refiere: es el único medio de saldar nuestra deuda que tenemos con ella. Deber estricto de gratitud, como lo es para un hijo el testimoniar su reconocimiento a los padres:

«Debemos estar sumisos a la santa Iglesia y asistirla en cuanto podamos. Si estamos obliga-

---

(17) Antiguamente el que llevaba el estandarte de guerra: gonfalón. Más tarde jefe supremo de una comuna. Santa Catalina lo toma en este segundo sentido. *(N. del T.)*.

(18) ¿Cómo no recordar las palabras del P. Lacordaire, O. P., cuando escribía a Montalembert? Lamennais había lanzado contra el Papa una injuria miserable. A este propósito escribió Lacordaire: «Esto será castigado, Montalembert, esto será castigado, o la religión no es más que una palabra vana. Pero yo te conjuro de rodillas a que tengas piedad de tu alma, de tantas otras cuya fe perecerá en estas execrables disensiones... ¡Desgraciado del que toca la Iglesia! ¡Desgraciado del que blasfema contra los Apóstoles!» (Carta del 2 de diciembre de 1833).

dos a socorrer a nuestro hermano en sus necesidades, ¡con cuánta mayor razón a nuestra Madre, la santa Iglesia, y a nuestro Padre, el Cristo de la tierra! Es un deber de gratitud por los bienes recibidos» (19).

(19) Carta CCCXXXVII, dirigida a los gobernadores de la comuna de Florencia.

AUDACIA

No tenía Catalina mayor deseo que el de servir a la Iglesia. Como escribía a la reina de Hungría (20), sufría por su impotencia y hubiera querido dar su sangre para acelerar el triunfo de «la dulce Esposa de Cristo». «Si yo consiento en permanecer en la tierra—declaraba a su confesor—es por la esperanza de ser degollada por la gloria de Dios.» «Ved——decía otro día enseñando la blanca túnica de dominica—, ¡qué bella será teñida de sangre por Jesús!» En tiempo del cisma tuvo la idea Urbano VI de enviar a Nápoles para que ganara a su causa a la reina. Aceptó Catalina sin titubear; pero el P. Raimundo observó que tal vez fuera imprudente exponer a una joven indefensa a la perversidad de la reina Juana. Y convenció al Papa. Entonces ella se enfadó: «Si Catalina (de Alejandría), Margarita, Inés y otras vírgenes santas hubieran calculado con tanta pusilani-

---

(20) Carta CXLV.

midad, jamás hubieran conquistado la corona del martirio.»

Y, sin embargo, amaba el silencio de la humilde morada paterna y la oscura celdilla que su padre le había dado para sus rezos. La primera vez que el Señor le dijo claramente que tendría que abandonarla, sintió hondo pesar. Había rezado tanto en ella... ¿No bajaba Jesús para salmodiar en su compañía? Si salía unos momentos para descansar en el solitario jardín o sobre el tejado de su casa, continuaba el diálogo con las flores, que le hablaban de su Señor. Como todas las hijas de Toscana, sentía honda pasión por las flores; era para ella un placer, cuenta Maconi, trenzarlas en forma de cruz o de coronas, que enviaba a sus amigos como expresión de su afecto en Cristo. «¿No oís—decía—cómo hablan de El?» Las flores rojas le recordaban la Sangre. ¿Quién puede dudar de que Catalina, camino de Aviñón o en el palacio de los Papas, volvía con frecuencia su corazón hacia la silenciosa celdita y su perfumado jardín? Sumirse en el silencio, rezar día y noche en la sola presencia de Dios, olvidar todo lo del mundo, sentir cómo consumía su corazón al pie del crucifijo y empaparse hasta perder el aliento de amor por Aquel que tanto nos ha amado. Y en Aviñón corrompido o en Florencia amotinada debió de sentir tentaciones de esta paz.

Pero sufría la Iglesia y las almas se perdían. ¿Podía entonces pensar en ella? Era el mo-

mento de servir, costara lo que costara. El amor de Dios y de las almas no le permitían detenerse. Cuando la Iglesia está en peligro y se pierden las almas, un santo no puede detenerse.

INDEPENDENCIA

Estaba, pues, al servicio de la Esposa de Cristo, reclamando libertad de acción y no admitiendo que se opusieran a sus esfuerzos ni incluso que se murmurara contra lo que Dios le mandaba emprender. Algún tiempo después de su vuelta de Aviñón, le comunicaron los sieneses su extrañeza por haberse detenido en el castillo de Saint-Anthime, y hay que ver con qué tono replica a los «magníficos señores y defensores de la ciudad de Siena»:

«Hemos sido elegidos para extender la palabra de Dios y salvar las almas. Que cada uno cumpla con su quehacer... Sólo he venido aquí para alimentarme de almas y arrancarlas del demonio. Por ello sacrificaría mil vidas, si las tuviera. Partiré, pues, o me quedaré, según me inspire el Espíritu Santo» (21).

---

(21) Carta CXXI.

Seguramente los «magníficos señores» volvieron a la carga, pues en otra carta les da Catalina una nueva lección igualmente severa y tanto más extraña cuanto se la da a los dueños de la ciudad la hija del tintorero de Fontebranda, la humilde «popolana». Pero se trataba del servicio de la Iglesia:

«Amadísimos hermanos y señores mío: Se debe acercarse a Dios con temor, de la misma manera que hay que acercarse a sus servidores. No los desacreditéis por injustas sospechas y murmuraciones. Dejadles ir y pararse a su antojo: son peregrinos a quienes guía el Espíritu Santo, glorifican a Dios y salvan las almas, trabajan por vuestra paz y tranquilidad. ¿Quién tendrá la fatuidad y pretensión de imponer reglas al Espíritu Santo y a sus servidores?... Lamento que mis conciudadanos se tomen tanta molestia hablando de mí. ¿No tienen otra cosa que hacer más que murmurar de mí y de mis amigos? Quisiéramos que fuesen un poco más elevados, pues nosotros tenemos paciencia, la paciencia que triunfa siempre, soberana» (22).

La misma independencia frente a los grandes. Les habla con firmeza, mezcla de humildad personal y el orgullo de una gran causa. Son características sus cartas a los soberanos,

(22) Carta CXXIII.

a los reyes de Francia y de Hungría, a los jefes de las repúblicas italianas, al tirano de Lombardía, Bernabé Visconti; a la reina de Nápoles. Si se tiene en cuenta quién era esta última, la tristemente célebre reina Juana, y el yugo que impuso a su pueblo, se apreciarán los renglones siguientes, que les envió Catalina en 1378:

«Os llamaba «mi querida madre» cuando amabais la verdad y estabais sometida a la santa Iglesia, pero vuestro cambio me impide llamaros en lo sucesivo «mi madre», e incluso trataros con respeto. Erais reina y os habéis convertido en sierva, en esclava de lo que no es (el diablo) al servicio de la mentira, cuyo padre es el demonio. Habéis abandonado el consejo del Espíritu Santo para tomar el de los demonios encarnados. Hija legítima y querida de nuestro Padre, el Vicario de Cristo, os revolvéis contra el seno materno de la Iglesia que durante tanto tiempo os alimentó. ¡Ah! Se os puede llorar como a una muerta... ¡Qué vergüenza para una mujer cristiana, a quien se le creía virtuosa y católica, que obre como un renegado y abandone las santas costumbres! Bien sabéis que obráis mal: víctima de vuestra debilidad y extravío, os dejáis arrastrar por la pasión... Con profundo dolor, pues tengo por vuestra alma una intensa devoción, os debo decir que si no cambiáis, si no os convertís, de tal manera os castigará el soberano Juez que

seréis un ejemplo y vuestro castigo hará estremecer a todo el que se sintiera tentado de rebelarse contra la Iglesia» (23).

Incluso al Soberano Pontífice le hablaba con libertad filial. Con dificultad se podrá amar con mayor intensidad al que Catalina llamaba «el dulce Cristo de la tierra», profesarle respeto más profundo y fidelidad más irreducible. Precisamente por este amor filial estaba segura de que le era permitido escribir al Papa con la sencillez del niño, que no esconde nada de lo que juzga útil. Tan bien lo comprendieron Gregorio XI y Urbano VI, que lejos de molestarse por esta libertad sobrenatural la animaron y distinguieron con su incondicional confianza.

Era débil Gregorio XI e inclinado al amor de su familia. Le escribe Catalina sin afectación:

«Mi dulcisímo Padre *(dolcissimo Babbo mio);* No debemos ocuparnos de los amigos, de los parientes, de los intereses temporales, sino únicamente de la virtud, del acrecentamiento de los intereses espirituales... Si hasta hoy no habéis sido bastante enérgico, os pido y quiero en verdad que en lo sucesivo obréis virilmente y sigáis con valentía a Cristo, del que sois Vicario. No temáis, Padre, las borrascas que os amenazan... (24).

(23) Carta CCCXVII. Y la profecía se cumplió al pie de la letra. Después de una vida agitada y sin dignidad, Juana fue depuesta y terminó sus días en la miseria.

(24) Carta CCCLXIV.

Perdonadme lo que os he dicho y lo que os diga: a ello me siento obligada por la dulce Verdad suprema. Dios quiere que administréis justicia contra la multitud de iniquidades cometidas en la santa Iglesia. Y puesto que la autoridad se os ha sido concedida y vos la habéis aceptado, debéis usarla. Si no osáis emplear vuestro poder, sería mejor que renunciarais, por el honor de Dios y la salvación de vuestra alma» (25).

Urbano VI era, por el contrario, propenso a los arrebatos de cólera y maltrataba a todos los que vivían a su lado. Catalina le expone los inconvenientes:

«Escuchad con benevolencia y calma a los servidores de Dios, que os dicen lo que debe hacerse y os ponen en conocimiento de los desórdenes cometidos en torno a Vuestra Santidad. *Babbo mio dolce,* os debéis considerar feliz de tener en torno vuestro gente que os ayuda a ver con claridad y a evitar gestiones que redundarían en confusión vuestra y en ruina de las almas. Por amor de Jesús crucificado, atemperad algún tanto la impetuosidad de vuestra naturaleza, excesivamente viva; dominad la naturaleza por la virtud. Dios os ha dado un corazón naturalmente grande: yo os pido y quiero que os esforcéis por tenerlo igualmente

(25) Carta CCLV.

en el orden sobrenatural, es decir valeroso y humilde a la vez» (26).

No olvidaba por eso a quien se dirigía y se caería en imperdonable error si se viera en sus cartas, tan poco aliñadas, tan frescas, tan espontáneas, el menor espíritu de crítica o menosprecio. En ellas todo es humilde, sencillo, filial, desbordante de fe inquebrantable en la divinidad de la Iglesia y en la soberanía del Romano Pontífice. La preocupación del honor paterno y familiar impulsa al hijo a indicar a su padre los olvidos; pero es, por así decir, asunto de intimidad; su afecto es excesivamente delicado y respetuoso para que se le ocurra la idea de acusar a su padre renovando la falta de Cam. No, nadie puede juzgar al «dulce Cristo de la tierra», y si llegara a equivocarse, no admitiría Catalina otro recurso que el sufrimiento y la oración al Cristo del cielo:

«Obrad, dulcísimo Padre—escribe a Gregorio XI—, obrad de suerte que yo no me vea en la tesitura de quejarme de vos a Jesús crucificado. Pues no podría hacerlo a ningún otro, porque no tenéis superior en la tierra» (27).

Estamos, en realidad de verdad, en presencia de un alma magnánima. Esta numerosa correspondencia, de la que intentamos aprisionar

(26) Carta CCCLXIV.
(27) Carta CCLV.

las ideas y sentimientos esenciales que sostienen e impulsan el ritmo de su vida, evidencian su nobleza y magnanimidad. Su preocupación es la salvación del mundo. ¿Qué son ante la prueba de la dulce Esposa de Cristo sus propias pruebas, sus preocupaciones, sus sufrimientos, sus gozos, su familia? Si no queréis estar obsesionados por el interés propio, leed estas cartas: no os hallaréis ante un alma preocupada de sí misma por analizar sus sufrimientos ni siquiera sus estados interiores. Es el estilo de Catalina. Se trata de las almas todas, de la Iglesia, del mundo entero que inunda una nauseabunda ola de pecados y que es preciso salvar a cualquier precio. Esta es la obra a la que nos invita Catalina con imperioso ardor: la salvación del mundo. Si queremos trabajar con ella, olvidémonos de nosotros mismos, ensanchemos nuestro corazón, abracemos todos los intereses de Dios y, como ella, pidamos al Señor que «dilate nuestra alma para la salvación del mundo».

Catalina vive realmente sus consejos: «Debemos apasionarnos de la santa Iglesia con amor.» Es la santa *católica* por excelencia.

POR LA UNIDAD DE LA IGLESIA

A fines del siglo XIV ya se veía amenazada la unidad de la Iglesia. La prolongada estancia del Papado en Aviñón, acusado de sacrificar su independencia a la apacibilidad de Provenza, era causa de una sorda inquietud de la cristiandad; gran parte del clero, infiel a sus deberes, en lugar de atraer el respeto hacia la Iglesia, acarreaba el menosprecio e incluso, a veces, el odio. Soplaban por todas partes vientos de insumisión. En 1375 había sido suficiente un incidente, por otra parte profundamente lamentable, para que Perusa se levantara contra la dominación pontificia y en diez días arrastrara en su revolución a ochenta ciudades. Se levantaba Italia entera. Catalina no se hacía ilusiones. Extraordinariamente inteligente e iluminada con luces divinas, veía los sucesos encadenarse con lógica fatal. Se fraguaba la tempestad. ¿Qué podían hacer para dispersarla los mediocres pastores de la Iglesia? Cuando el P. Raimundo, entonces en Pisa, le anunció la suble-

vación italiana participa de la desolación, pero añade: «Es demasiado pronto para llorar; guardad vuestras lágrimas para mejor ocasión. Lo que vos deploráis es leche y miel en comparación de lo que veréis dentro de poco.» «¿Podrá suceder acaso—se pregunta el P. Raimundo—algo peor? ¿Se negará públicamente de la fe de Cristo? Hoy se sublevan sólo los laicos, pronto será el clero.» Era el anuncio del gran cisma.

Pero jamás se descorazonó Catalina. Ante este inmenso peligro estructuró un plan grandioso, a cuyo triunfo consagró toda la vida que le quedaba; plan que ningún eclesiástico o estadista supo concebir con igual lucidez y menos todavía realizar. Repitámoslo: es algo extraordinario en una hija del pueblo, a pesar de veinticinco años sin cultura ni formación. Este plan abarcaba toda la Iglesia: dentro, restaurar primero la majestad tradicional del Papado llevándolo a su sede de Roma, y una vez recuperado su prestigio, reformar luego las costumbres cristianas, que floreciera de nuevo la santidad en el orden eclesiástico; hacia el exterior, conservar la civilización de Europa rechazando con la cruzada la amenaza de la invasión turca. Si los que gobernaban en aquel entonces a los pueblos la hubieran comprendido y seguido, se le hubieran ahorrado muchos males al mundo.

Con clarividencia veía Catalina que la unidad de la Iglesia y la civilización cristiana sólo po-

dían salvarse si los pueblos se agrupaban filialmente, con fidelidad, en torno al Papado. El Papa era el aglutinante de la unidad cristiana. Pero, como ya dijimos, casi todos los estados italianos estaban en guerra contra el Papa. También Roma se había sublevado. Emprende entonces Catalina una activa campaña para reducir a obediencia a los hijos rebeldes. Habiendo logrado lo que no había podido conseguir Dante ni Petrarca—el retorno del Papa a Roma—, gozaba de inmenso prestigio ante príncipes y pueblos. Y aprovecha esta coyuntura para imponer la paz. Escribe a la República de Florencia, al duque de Milán, a los jefes de la República de Perusa, a los cónsules de Bolonia, a todos los que de alguna manera podían ejercer en aquel momento alguna influencia y servir a la causa de la paz: a todos les predica la unión en torno al Papado.

Es casi siempre el mismo su argumento fundamental: el Papa es el «dulce Cristo de la tierra», por él tenemos la vida, sin él caeríamos en el desorden y en la muerte. Comencemos, pues, por agruparnos, con obediencia filial, en torno al Vicario de Cristo:

«Sirviendo a vuestro Padre (el Papa)—escribe a los señores de la República de Perusa (28)—os beneficiáis a vosotros mismos en el orden temporal y espiritual... Saldáis una deuda que todos estamos obligados a pagar;

(28) Carta CCCXXXIX.

os mostráis agradecidos a Dios y a su Vicario, del que tantas gracias habéis recibido y recibís todavía, de suerte que por mucho que le deis, jamás lo podréis comparar con lo que El os da. Lo que El os da es la vida eterna, los sacramentos y otros tesoros espirituales de la Iglesia... Si queremos pagar nuestra deuda, démosle algo de nuestros bienes temporales, socorrámosle en sus necesidades, démosle nuestro deseo en humildes plegarias y, como hace un hijo con sus padres, ofrezcámosle nuestros bienes de todo corazón.»

Escribe a los señores de Florencia:

«Bien sabéis que Cristo nos ha dejado a su Vicario para bien de nuestras almas. Sin él no podemos tener la santidad, propia del cuerpo místico de la santa Iglesia, del que Cristo es la cabeza y nosotros los miembros. El que desobedezca al Cristo de la tierra, representante del Cristo del cielo, no participará de la sangre del Hijo de Dios, pues Dios ha querido que recibamos la Sangre de Cristo de manos de su Vicario; igualmente los otros sacramentos, que nos dan la vida en virtud de esta Sangre. Imposible avanzar por otro camino o entrar por otra puerta» (29).

No es posible expresar con mayor claridad

(29) Carta CCVII. San Cipriano había dicho: «El que no tiene a Dios por Padre, no puede tener a la Iglesia por madre: *Deum habere non potest patrem, qui Ecclesiam non habet matrem*» (*De Unitate Eccl.* XXIV).

que la sumisión filial al Papa forma parte esencial de la piedad cristiana. Es verdad, y lo han afirmado los doctores de todos los tiempos: «Es un carácter invariable de todos los santos y de todos los tiempos—dice Faber—el tener una devoción viva y sensible hacia la Santa Sede» (30).

Es un placer oír de nuevo y animada de tanta convicción sobrenatural una lección tan católica. Para Catalina no se equivoca nunca la Iglesia; es un error toda sublevación contra el «Cristo de la tierra». Jamás nos asistirán razones fundadas para combatirlo. Cuando estaba en guerra con el Papa, invocaba como justificación la República florentina las arbitrariedades del Legado pontificio. Y no sin fundamento. Escribe Catalina a los autores de la guerra:

---

(30) FABER, *De la devoción al Papa*, Ed. Téqui, 1927, p 21. Añade: «Cuando vivimos tiempos de inquietud y aflicción para el Soberano Pontífice, inmediatamente debemos comprender con qué rapidez decrece la piedad práctica como consecuencia necesaria de concepciones falsas a propósito del Papado o de un comportamiento cobarde con el Papa. Y se asombra uno entonces de descubrir cuán íntimamente están una noble fidelidad al Papa y nuestra generosidad para con Dios y la liberalidad de Dios para con nosotros. Es preciso compartir, es preciso considerar un deber de nuestra piedad particular el participar calurosamente de las simpatías de la Iglesia hacia su Jefe visible, pues de lo contrario no gozaremos de las simpatías de Dios. En cada época, como en cada vocación, la gracia sólo nos es concedida en ciertas condiciones. En las épocas en que Dios permite que su Iglesia sea atacada en la persona de su Jefe visible, la obra de la Santa Sede debe ser considerada como condición implícita de todo progreso de la gracia.»

«Quien se rebela contra la santa Iglesia y contra nuestro Padre, cae en la muerte como miembro podrido, pues lo que hacemos al Cristo de la tierra, homenajes u ofensas, lo hacemos al Cristo del cielo. Os lo digo con pesar, hermanos míos muy amados, por vuestra desobediencia y vuestros actos de persecución habéis caído en la muerte y en el odio de Dios. No os podía suceder mayor desventura que el veros privados de la gracia.

De poco nos servirá todo el poder de los hombres sin el poder de Dios. En vano se fatiga el guardián de la ciudad si el Señor en persona no la guarda. Al injuriar al Vicario de Cristo, nuestro Padre, lucháis contra Dios; y yo os digo que sois débiles porque habéis perdido su apoyo.

Admitamos que muchos crean que no han ofendido a Dios y que se les antoja haberle hecho un servicio persiguiendo a la Iglesia y a sus pastores. Se defienden diciendo: «Estos prelados son culpables y hacen mucho daño.» Y yo os anuncio la expresa voluntad de Dios: aun cuando los pastores y el Cristo de la tierra fueren demonios encarnados en lugar de tener la dulzura y la bondad de un padre, sería preciso obedecerles, no por ellos, sino por la obediencia debida a Dios, porque el Papa es el Vicario de Cristo. Dios lo quiere. Jamás tiene un hijo razones valederas para levantarse contra su padre; sería malo e injusto, porque la existencia recibida de su padre es un bien tan grande que

con nada se puede pagar. De la misma manera la existencia y la gracia que nos vienen del cuerpo místico de la santa Iglesia son bienes tan grandes que ningún homenaje ni servicio alguno podrán saldar jamás nuestra deuda. Ninguna injusticia de la que nos creyéramos víctimas puede autorizarnos a levantarnos contra nuestro Jefe» (31).

Ante todo, pues, obedecer y, si se es insumiso, someterse. Cuando Florencia llama a Catalina en 1377 para negociar la paz, exige primero sumisión; que los florentinos comiencen por observar el entredicho fulminado por el Papa y que reconozcan la autoridad pontificia es condición previa, y sólo después de esta deferencia abogará Catalina con todo entusiasmo por la causa florentina: «¡La paz, Santísimo Padre, la paz, la paz!»

(31) Carta CCVII. Lacordaire, O. P. escribía en los mismos términos a Montalembert, el 6 de octubre de 1833: «Ningún talento, ningún servicio compensan el mal que a hecho a la Iglesia una separación, sea cual fuere, una acción fuera de su seno. Preferiría arrojarme al mar con una muela de molino al cuello que mantener un foco de separación, de ideas, incluso de buenas obras, al margen de la Iglesia.»

EL CISMA

El problema del cisma fue la ocasión de mostrar hasta dónde llegaba su pasión por la Iglesia y su amor por la unidad cristiana. Por ello sufrió mucho; fue, literalmente, la causa de su muerte. Todos los que de algún modo dividen la Iglesia le causaban horror y consideraba su ominoso quehacer como la obra satánica por excelencia. Desde los primeros días no pudo retener su indignación y, fulminante, prorrumpió contra los cardenales cismáticos:

«Habéis perdido la vida de la gracia—les escribe—; sois miembros separados del Jefe... El amor propio os ha apartado de vuestro deber. Habéis dado la espalda como caballeros viles y miserables: vuestra sombra os ha dado miedo. Habéis traicionado la verdad, que era vuestra fuerza, y os habéis entregado a la mentira. Erais columnas y ahora sois débiles como fantoches de paja; erais flores odoríferas y ahora vuestra infección apesta el mundo; ayer án-

geles de la tierra, desempeñáis hoy el oficio de demonios; queréis comunicar el mal que está en vosotros separándonos de la obediencia del Cristo de la tierra para ligarnos al Anticristo, miembro del diablo, como vosotros mismos. Yo os hablo sin respeto porque no sois dignos de respeto...» (32).

Y el cisma se extendía con rapidez. Octubre de 1378. Estaba entonces Catalina en Siena, donde terminaba de dictar el *Diálogo*. No pudo permanecer inmóvil ante el pensamiento de la desventura de la Iglesia. «Si las cosas fueran en conformidad con mis deseos—escribe a Urbano VI—yo no permanecería aquí. Tengo muchas cosas que decir; quisiera estar en el campo de batalla, sufrir y combatir con vos por la verdad hasta la muerte» (33).

El Papa la llama a Roma como el mejor apoyo de la Sede Romana. Acude con su «bella brigata» y convoca a todos los servidores de Dios que conoce: movilización de santos en torno al Romano Pontífice; cruzada de oración por la unidad en lugar de la cruzada contra los turcos, que no había logrado organizar. Urbano VI entra en sus cálculos y sucede entonces algo extraordinario: el Papa escribe una bula a los «servidores de Dios», dispersos por toda Italia, y Catalina, encargada de su distribución,

(32) Carta CCCX.
(33) Carta CCCV.

añade una carta personal para apoyar la llamada pontificia:

«Ha sonado la hora—escribe—para los servidores de Dios de abandonar su retiro; de predicar la verdad y sufrir por ella. Venid, venid; no tardéis más...

Dejadlo todo: es el momento de olvidarse de sí mismo y de no tener otra preocupación que la gloria de Dios; es la hora del gran quehacer... Los mártires de Roma os llaman.»

Y acudieron los servidores de Dios (34). Comienza entonces la más extraordinaria campaña por la unidad de la Iglesia. Su ardor sostiene a todo el mundo. «Estos demonios encarnados —dice al Papa—han dado al mundo un Anticristo que se levanta contra Vos. Pero Vos sois el Cristo de la tierra, Vos tenéis las llaves del depósito de la santa Iglesia, donde se encuen-

---

(34) Pero no todos. Dos de sus discípulos, que se habían hecho eremitas, el hermano Guillermo de Inglaterra (Williams Flete) y el hermano Antonio de Niza, respondieron que este viaje a Roma perjudicaría su devoción y les haría perder la paz de la soledad. «Vuestra devoción no es muy sólida si se pierde al cambiar de residencia», replica Catalina, ofendida e irónica. «Al parecer sólo se encuentra a Dios en el bosque, y un eremita ya no lo encuentra precisamente donde hay más necesidad de él. Así comenzamos por afirmar que deseamos servir a la Iglesia; pero cuando se nos llama, se nos antoja que sacarnos de la paz y de la quietud del espíritu para socorrer la barca de Pedro, es una ilusión del demonio (Carta CCCXXVIII). Fray Antonio de Niza comprendió la lección y acudió a Roma; pero dejó que los otros se las arreglaran como pudieran.

tra la Sangre del Cordero. Adelante, pues, Padre Santo; id al combate sin temor» (35).

A su llegada a Roma, Urbano VI la recibió en audiencia solemne, rodeado de los cardenales. Con sencillez, pero sin temor y con extraordinaria energía les indicó los deberes de la hora presente, les habló de valor y confianza: la Iglesia triunfaría. Extraño espectáculo: una joven arengando a los jefes de la Iglesia descorazonados. La impresión sobre los cardenales fue sorprendente. «Esta mujercita—dijo el Papa—nos avergüenza a todos. Nosotros tenemos miedo y nos alarmamos; ¡ella, débil joven, no tiembla y dilata nuestro valor!»

No es ésta la única vez que echa mano de su ascendiente. Anotan todos los historiadores que Catalina impresionaba. No se le resistía.

Un día, mucho antes del cisma, convirtió a un joven libertino sienés, Francisco Vanni Malavoti. Tenía éste dos amigos, compañeros de diversión, que se rieron de él: ¡Vanni embrujado por una joven monja! «Venid, pues—replicaba Vanni—y haréis lo mismo que yo.» «Aunque fuera Cristo en persona, no tendría ascendiente alguno sobre nosotros.» Y por fanfarronada fueron, blasfemando como lo saben hacer los toscanos. Se sentaron frente a ella: les habló, les miró a la cara y les sonrió, y pronto los dos amigos estaban llorando de rodillas:

---

(35) Carta CCCVI.

«Madonna, dinos qué debemos hacer.» Y les envió a confesarse.

Fascinaba a los que se le acercaban. No se resistía al brillo doliente y tierno de sus grandes ojos, surcados por fulgores; al embrujo de su rostro ardoroso. Decía de sí misma: «Mi naturaleza es fuego» (36). No era, según se cree, seductora, hablando con propiedad; su seducción era poder, dominio, arrebato. Inspiraba, dice Caffarini, «una especie de terror» a los que entraban en relación con ella.

En Florencia, durante la sublevación de junio de 1378, el populacho, que todo lo profana, la buscaba al grito de: «La bruja, a la muerte. ¿Dónde está, que la parto en dos?» Y la encontraron, calma y tranquila, en un jardín; y cuando se puso de rodillas con sencillez, mirándoles y diciéndoles: «Heme aquí, golpead», los energúmenos se petrificaron y sólo osaron decirle: «Vete, huye del peligro.» Pero ella les replicó: «Yo estoy bien aquí, sois vosotros los que debéis partir.» Y todos se fueron.

Se la amaba, sin duda; sus discípulos la llamaban sólo la «dolce Mamma», pero se templaba ante esta llama esta energía siempre dispuesta a saltar; se sentía sometido a su irresistible autoridad y se le obedecía, pues todos se sentían envueltos por su voluntad indomable. Ella quería: *Io voglio,* eran sus palabras: «Yo quiero.» Todos debían escucharla, incluso

(36) Oración XXIV.

los príncipes; también los Papas. Y esta decisión ponía en su mirada una llama temible. A fuerza de querer parecía que hacía fáciles las cosas más arduas; junto a ella no se desesperaba jamás; en los tiempos de bonanza o de riesgo los más débiles sonreían con confianza y se creían fuerte. Se sentían en presencia de Dios, cuya fuerza sostenía a Catalina. Ascendiente y seducción de los santos: Dios está en ellos y habla por su boca. A los ojos de los pueblos, de los reyes e incluso de los Papas, adquiría, por su santidad, la voz de esta joven, hija de tintoreros, una majestad extraña, como si otro—muy grande—hablara por su boca.

Y ella aportaba esta fuerza al Papado. Apoyo inestimable. Bien lo sabía Urbano VI y se apoyaba abiertamente en ella. Emprende entonces las más variadas y graves gestiones, en las que se hallaban mezclados, al estilo de los santos, el entusiasmo y la cordura, el sentido práctico y la locura cristiana. Se multiplican sus cartas vibrantes, de palabras sencillas, claras, de fórmulas inagotables, de una lógica más divina que humana, siempre ardientes de caridad, y en las que se percibe, incluso por los desgraciados que apostrofan con mayor energía, que desborda su alma de amor sobrenatural. Escribe a la reina de Nápoles varias veces, al rey de Hungría, al de Francia, Carlos V; a las ciudades italianas, a los «podestà» (37), a los

(37) Jefe de la antigua comuna especialmente cuando iba unido a la administración de la justicia. *(N. del T.)*

jefes de ejércitos, a los cardenales; aviva el celo de los prelados y religiosos fieles al Papa, aconseja a los magistrados de Roma. Parece como si en aquellos momentos hubiera tomado en sus manos gran parte, al menos, del gobierno de la Iglesia.

Fueron casi insuperables las dificultades: nada pudo abatirla ni achicar su corazón. Defraudada con frecuencia, jamás vencida. Le vinieron sus decepciones más dolorosas de los que más respetaba, de los eclesiásticos, olvidadizos de su vocación; cada una era un nuevo motivo de consagrarse con mayor celo al Vicario de Cristo; cada una la enardecía y la arrastraba al combate. Toda derrota la lanzaba más alto, más lejos. Ni por un instante dudó de la justa causa de la Iglesia, defendida hasta su último suspiro:

«Santísimo Padre—escribía a Urbano VI—, el amor propio ha llevado a vuestros hijos a rebelarse contra vos; ya no quieren apoyar a Vuestra Santidad, que vive en medio de numerosas miserias. No os descorazonéis por eso. Haced brillar sobre vuestro corazón varonil la perla de la justicia santa sin temor alguno. No tengáis miedo: si Dios está con vos, ¿qué podrán contra vos? Regocijaos de las desgracias: son la preparación de la reforma de la Iglesia» (38).

---

(38) Carta CCCV.

EL SUPREMO SACRIFICIO POR LA IGLESIA

«Estad seguro—decía Catalina al P. Barthélemey—que si muero, la única causa de mi muerte es el amor de la Iglesia, que me abrasa y me consume.»

Es literalmente verdad. En la madrugada del 1 de enero de 1380 se la oía, después de haber orado por el Papa en un éxtasis, interceder por sus enemigos:

«Oh Dios eterno, Amor inefable, triunfad de la dureza de sus corazones. Atraedlos a Vos para que no perezcan. Y puesto que os han ofendido, vengad en mí, soberana Clemencia, sus iniquidades. He ahí mi cuerpo, que he recibido de Vos; tomadlo y haced de él un yunque sobre el que triturar sus pecados... Tomad mi vida, haced con ella lo que os plazca, desde este momento y para siempre. Yo la consagro a vuestra gloria, conjurándoos humildemente por la

virtud de vuestra Pasión, que purifiquéis a vuestra Esposa» (39).

He ahí este cuerpo... Tomad mi vida... Y el Señor la escuchó. Su «queridísimo hijo Barduccio» nos cuenta en el relato de los últimos días de Catalina, conocido bajo el nombre de *Tránsito,* cómo los cuatro meses que siguieron a esta plegaria del día de Año Nuevo hasta su muerte, el 30 de abril, no fue más que un prolongado y terrible martirio. Todos vieron con claridad que la causa de estos extraños sufrimientos era la triste situación de la Iglesia. Incluso Williams Flete, el inglés testarudo, que no había querido abandonar la paz de su ermita, lo intuyó y plasmó en una curiosa comparación: «era como un dulce jumento que llevara sin resistencia el fardo de los pecados de la Iglesia». Con otras palabras decía lo mismo Catalina cuando escribía al P. Raimundo: que Dios había puesto sobre sus espaldas la *Navicella,* la nave de la Iglesia, la barca de Pedro.

La consumía y la agostaba su fuego interior. «Su piel descansaba sobre sus huesos—cuenta Caffarini—y parecía como si ardiera interiormente.» Y a pesar de ello, todos los días iba a San Pedro, la iglesia del Papa:

«Terminada la misa, a la hora de tercia—escribía al P. Raimundo—, podréis ver a una

(39) *Oraciones y Elevaciones,* trad. de A. Bernard, XXX, Saint-Maximin, 1923.

muerta que va a San Pedro: entra en la barca de la santa Iglesia para seguir trabajando. Y allí estoy hasta la hora de vísperas. No querría salir ni de día ni de noche, hasta que viera a este pueblo apaciguado y reconciliado con su Padre. Mi cuerpo, privado de todo alimento, incluso de unas gotas de agua, debe soportar tormentos dulces a mi alma, pero tan terribles a mi cuerpo que jamás he sufrido semejantes, y mi vida está prendida de un hilo» (40).

El día de sexagésima, que cayó aquel año el 29 de enero, permitió Dios al infierno se encarnizara contra ella. Y como orase con mayor fervor que de costumbre, una muchedumbre de demonios se precipitó en tropel sobre ella gritando: «Maldita, todavía quieres oponerte a nosotros, pero nosotros nos vengaremos y morirás de terribles tormentos.» Pero ella seguía orando más que nunca. Y como los demonios se ensañaran con ella, súbitamente, a la hora de vísperas, se desplomó como abrumada por un peso inmenso. Permaneció así largo tiempo, bajo el peso de la Navicella; sus discípulos la creyeron muerta. Cuando recobró los sentidos, se la oyó renovar su sacrificio con valentía:

«Padre Eterno, de nuevo os ofrezco mi vida por vuestra querida Esposa. Cuantas veces le plazca a vuestra bondad, sacadme de mi cuerpo,

---

(40) Carta CCCLXXIII.

devolvedme a mi cuerpo, aunque sea sólo para encontrar en él sufrimientos más agudos. ¡Qué importa todo esto si veo al fin la reforma de vuestra dulce Esposa, la santa Iglesia!»

Luego oró por sus discípulos:

«Padre Eterno y soberano, velad por mis queridísimos hijos. Que los lazos de la caridad mutua les unan entre sí. ¡Que mueran de amor por vuestra dulce Esposa!» (41).

Este fue su anhelo supremo: morir de amor por la Iglesia y dentro de la Iglesia.

Y por ella moría. Los sufrimientos aumentaban cada día sin que se cansara de orar ni de sufrir. No podían comprender los discípulos que se pudiera soportar semejante martirio sin sucumbir. «Así—decía—se consume y se agota mi vida por la dulce Esposa... en medio de la dulzura de mi alma.» Cuando comprendió que el Esposo no iba a tardar, exclamó:

«Oh Dios Eterno, recibid el sacrificio de mi vida por el cuerpo místico de la santa Iglesia. Yo no os puedo dar más de lo que Vos mismo me habéis dado. Tomad, pues, el corazón—este corazón que un día Cristo le cambiara, y que por eso no osaba decir mi corazón—, tomad el corazón y exprimidlo sobre el rostro de la Esposa.

---

(41) *Oraciones y Elevaciones*, trad. de A. Bernard, Saint-Maximin, 1923.

Entonces Dios Eterno, mirándome con clemencia, me arrancó el corazón y lo estrujó sobre la santa Iglesia.»

Era la ofrenda suprema.

El martirio duró todavía algunos días. Abrumada de dolores inmensos, estaba radiante, sin embargo, de gozo y dulzura. Por último, el 30 de abril, hacia las siete, sintiendo próximo su fin, hizo la señal a sus discípulos de que escucharan sus últimas palabras. Tuvieron que inclinarse para percibir la voz que murmuraba:

«Hijos míos amadísimos, no quiero que dudéis un solo momento en dar vuestra vida por el Papa legítimo y por la santa Iglesia.»

Y los bendijo a todos. Oró por la Iglesia, y se le oía murmurar:

«Tú me llamas, Señor, y yo voy a Ti. Voy a Ti, no por mis méritos, sino gracias a la misericordia que imploro en virtud de tu Sangre... ¡Oh Sangre! ¡Oh Sangre!...»

E inclinando su cabeza, murió como había anhelado: «consumida de amor por la dulce Esposa de Cristo».

INDICE

Págs.

Santa Catalina de Siena 7
«La bella brigata» 9
Cómo oraba Catalina 12
El respeto de Dios 15
«La que no es» 20
Cita de amor y temor 24
Motivos del canto interior 29
Plegaria magnánima 34
Las cartas de Santa Catalina 41
La muerte de Niccolo Toldo 44
La política de Santa Catalina 49
Al servicio de la Iglesia 55
Cristo viviente 57
Santidad de la Iglesia 61
«¿Por qué guardáis silencio?» 64
Pecado y rebelión 68
Audacia 75
Independencia 78
Por la unidad de la Iglesia 85
El cisma 92
El supremo sacrificio por la Iglesia 99